

Cartas de Santiago Arcos

a

Domingo F. Sarmiento

y

Bartolomé Mitre.

1861-1874

Nota a esta edición:

Reproducimos diversas cartas de Santiago Arcos a Domingo Faustino Sarmiento y Bartolomé Mitre comprendidas entre los años 1861-1874.

La mayoría de los originales se encuentran en el Museo Histórico Sarmiento, a lo que alude la sigla M.H.S. que aparece al pie de los textos.

Reproducimos también la necrológica de Sarmiento a Arcos, una de sus cartas y dos de Mitre.

La ortografía ha sido modernizada.

La tarea ha sido realizada gracias al aporte del Fondo Metropolitano de las Artes y las Ciencias.

Chivilcoy, enero 10 de 1861

Mi querido Sarmiento.

Está visto que yo no debo pensar en ganar pesos. J' y ai décidément la main aussi malheureuse que vous. Cáspita amigo con su amigo Jardel.

Hace hoy 8 días que me tiene embromado, primero con los peones, después los caballos, cada día es mentira nueva, nueva embrolla; hasta ahora no he podido conseguir se mueva para hacer lo que aquí hemos venido a hacer. Me he decidido por fin a principiar solo. No para hacer el trabajo de mensura —que sería negocio de 40 o 50 días cuando más pues con semejante pillito no se puede andar acollarado— pero para demostrar a Ud. de una manera práctica qué laya de bicho es su protegido. Pero vamos a lo que me hace hablar a Ud. de esta inmundicia. Son de tal naturaleza las trampas que aquí ha hecho y me he formado tan alta idea de su audacia para mentir, que estoy temiendo que este bribón vaya a hacer una de las suyas y quiera disculparse conmigo, así amigo, no le paguen ustedes ni un cobre sobre mensuras hasta que yo regrese y con esta facilísima precaución desbaratan cualquier calaverada que este mozo intente hacer.

¡Sarmiento! Dejémonos de despreocupaciones. Este su amigo Jardel nació Peluquero. Lo han sacado Uds. de su casilla y le han hecho un gravísimo mal.

Si en esta tierra hubiese justicia el negocio de Chivilcoy le costaría caro a Jardel que por otra parte acabará mal si no se enmienda. Si hubiese seguido su vocación natural tendría su perfumería muy bien arreglada. Lo pasaría muy bien y sobre todo no me habría hecho venir a Chivilcoy, en donde me ha hecho rabiar y perder con hoy 9 días, que hubiesen bastado para hacer más que lo que ha hecho en 3 años.

Así amigo hasta mi regreso no le aflojen un solo peso sobre mensuras.
Su amigo

Santiago Arcos

M.H.S. N° 1.314 Carpeta 10

París, febrero 12 de 1862

Sr. Don Domingo F. Sarmiento

Mi querido Sarmiento. ¿Por qué no me ha escrito Ud.? Apenas llegué aquí, le escribí pero hasta ahora ni una sola carta de Ud. . No serán los triunfos lo que le han impedido hacerlo; estando en California recibí una carta de Ud. escrita desde Palermo, anunciándome el triunfo en Caseros y la caída de Rosas.

La caída de Urquiza y el triunfo más sólido que ha obtenido Mitre últimamente merecían que me hubiese Ud. escrito. Mais a tout peché, misericorde, vuelva

Ud. por su crédito y no olvide un amigo de 20 años como me decía Ud. a bordo del "Saintongé" prometiendo escribirme.

Mientras Uds. han recorrido la República Argentina regenerándola, alentando los buenos o castigando ladrones, yo me he aclimatado en Europa, me he tranquilizado, y estoy satisfecho con la posición que tengo.

Ya irá tiempo de acabar con la existencia de aventurero para hacer vida más estable.

No por esto me he condenado a la completa inacción, he vivido demasiado en la República Argentina para olvidarla y espero obtener solo y sin posición oficial más para Buenos Aires que los Encargados de Negocios que han tenido Uds. aquí o en Inglaterra.

Mis antiguas relaciones con la familia de la Emperatriz me valieron en el mes de diciembre próximo pasado, un convite a Compiègne donde permanecí diez días con la Corte de Francia.

Felizmente el número de convidados era muy limitado, lo que me dio ocasión de hablar largamente con el Emperador.

No quiero referirle estas conversaciones. Sería tan largo como inútil, pero Ud. sabe de memoria lo que puedo decir de la República Argentina, de los malones de indios, de la larga guerra civil, de las resistencias de las ciudades a los gauchos, de las facilidades que presenta el país para criar vacas, ovejas, caballos, etc. Pero vamos al grano.

Siempre he creído que el mayor servicio que pudiera hacerse a ese país sería el generalizar en Francia, el uso de las carnes de la República Argentina.

La carne de Buenos Aires (el tasajo) puesta en Europa costaría en tiempos ordinarios de cinco a seis sueldos la libra. La carne fresca cuesta aquí en tiempos ordinarios de doce a quince sueldos libra.

A pesar de esta enorme diferencia en el precio, los pocos ensayos que se han hecho no han tenido éxito porque el aspecto del tasajo es repelente y es necesario haberlo comido muchas veces para gustar de él como gustan, aún los más acomodados, en La Habana o en el Brasil.

Esta mercancía cuya exportación doblaría la riqueza de la República Argentina, y cuyo uso sería tan importante en Europa, donde las materias alimenticias encarecen cada día más, no puede introducirse sin trabajar para ello; sin que el gobierno francés, interesado en procurar al trabajador alimentos sanos y a bajo precio, no *proteja* de una manera eficaz la introducción de carnes conservadas.

Por otra parte, si Buenos Aires sólo cuenta para la venta de sus carnes con los solos mercados del Brasil y de la Isla de Cuba, su industria no podrá desarrollarse. Ya se han hecho sentir en ese mercado, los efectos de un

trabajo un poco más activo. En los últimos tiempos las carnes que valían de 5 a 6 pesos fuertes el quintal han bajado hasta dos pesos fuertes.

La industria ganadera que cada día toma mayor importancia en las provincias del sur del Imperio acabará por quitarle a Buenos Aires el mercado del Brasil y el Río de la Plata sólo tendrá que abastecer el limitadísimo consumo de la Isla de Cuba.

La paz, de que probablemente va a gozar el país, será un nuevo motivo de depreciación en el precio de las carnes. Hasta ahora ni Córdoba ni Santa Fe han podido aprovechar de sus pastos; Buenos Aires ocupa apenas la tercera parte de los campos de pastoreo que puede habilitar; si, esta provincia y las demás de la República, pueblan sus campos no dudo que volverán Uds. a ver los tiempos, en que se criaba para aprovechar los cueros.

El trabajo del saladerista, que sin duda alguna es el que más valiosas materias para la exportación puede dar a la república, nunca adquirirá mayor importancia que el que ahora tiene, si la república no sabe abrirse nuevos mercados.

En Compiègne hablé con el Emperador de las ventajas que encontraría el pueblo francés en procurarse en el Río de la Plata una sustancia alimenticia de tanta importancia haciéndole ver que el comercio de exportación francés ganaría más mientras más se importase de aquel país.

Logré hacerle comprender que los esfuerzos de la industria privada, no podrían vencer la repugnancia o desconfianza con que se mira un alimento nuevo, y por fin que el único medio de generalizar el uso de estas carnes, sería hacerlas consumir al principio por el ejército, porque desde que el pueblo viese que la consume la tropa no tendría desconfianza alguna y la buscaría siempre que le saliese más barata.

El resultado de mis conversaciones fue que el Emperador me pidió una muestra.

A mi regreso de Compiègne. Por el vapor de enero, mi padre escribió a los señores Llavallol pidiéndoles la carne que producen dos reses y espero que a fines de mayo haremos aquí un ensayo práctico del tasajo de Buenos Aires.

Después de Compiègne he hablado algunas veces con el Emperador en los bailes de Tullerías, yo le he repetido fundándome en la proverbial estupidez de los sabios, que para hacer algo lo primero y principal es que no se nombre comisión alguna, para examinar las carnes; que el mejor examen es comerla y si él la juzga sana y buena debe hacer un pedido de 20 o 30.000 quintales para hacer un ensayo formal dándola como ración a la tropa.

Si consigo este primer paso y por su parte me ayudan Uds. mi afán será persuadir algunos comerciantes franceses que hagan pedidos a Buenos Aires para vender a los pequeños restaurants donde comen los obreros carne a 6 sueldos la libra. Haré dar informes sobre estas carnes por los mejores médicos

de Francia. La prensa francesa se ocupará de las carnes de la Plata tanto como la prensa de Buenos Aires del pleito de Otero; daré convites a los economistas. Sabré interesar en la cuestión de alimentos baratos a las sociedades de beneficencia y aún atacaré de frente la famosa société de Saint Vincent de Paul para conseguir mi objeto.

El negocio vale la pena, pues si en Francia cada hombre consumiese una libra de carne por semana, no bastarían 20.000.000 de quintales por año.

¡Esto amigo Sarmiento, es lo que puede llamarse diplomacia!, lo demás son pamplinas. Ahora bien. Si el gobierno de Mitre, a quien supongo presidente de la República a la llegada de ésta, o autorizado para nombrar agentes en el extranjero quiere mostrarse inteligente, debe nombrar al teniente coronel don Santiago Arcos para que ocupe el puesto que tan inútilmente han ocupado Alberdi o sus predecesores.

1ero. Porque aquí tengo las mejores relaciones y sé interesar hablando de las cuestiones de por allá, sin fastidiar.

2do. Porque quiero a esa tierra, conozco sus intereses y la serviré mejor que otro en Francia.

En España para deshacer las barbaridades de Alberdi o en Inglaterra si necesitan ustedes hacer algo en materias industriales.

3ro. Porque no necesitando del sueldo para la vida material gastaré cuanto me paguen en convites en hacer hablar del país en lujo, en poner a la moda, pampas, ganado, lanas, ferrocarriles y sobre todo emigración a la República Argentina.

Espero que se ocupará usted de mi encargo. Vea usted a Mitre pues si puedo conseguir pronto una posición oficial, tendré más medios para llevar a efecto el importante negocio que me preocupa y que creo haber iniciado con buen éxito.

Debo advertirle que no queriendo hacer fortuna, pues el porvenir de mi hijo está muy asegurado, ni seré diplomático económico ni diplomático comerciante y sin temor puede usted garantirme como hombre que trabajará con tesón en el puesto que creo poder servir mejor que otro.

Adiós. Memorias a Benita y Dominguito y no deje sin contestación

Su amigo

Santiago Arcos

M.H.S. N° 1.315 Carpeta 10

París, 22 de agosto de 1862

Mi querido Sarmiento

No quiero mandar a Ud. impreso para anunciarle la muerte de mi pobre padre que perdí el 5 de agosto después de una penosísima enfermedad, pero quiero hacer una última tentativa para ponerme en comunicación con Ud. Bueno sería no olvidarnos, haga Ud. una excepción conmigo escribiendo una correspondencia inútil ya que tantas útiles tiene Ud. que dan resultados negativos.

Después de la muerte de mi padre me encuentro bastante rico y sin plan alguno para el porvenir. Me siento algo viejo para la vida de paseante en Corte que podría llevar en Europa. ¿Sería mucha locura volver a América? ¿para qué? Para ser allí un ser único, un hombre que no desea ganar plata. Ojalá se decida Ud. a escribirme, tendré mucho gusto en recibir sus cartas y saber qué se ha hecho, qué se piensa hacer.

Voy a mandar esta carta a Buenos Aires, unos me dicen que es Ud. gobernador de San Juan y que no se moverá. Otros que conservando el gobierno vendrá Ud. como diputado al congreso, pero el mutismo de todos mis amigos es tal que parece me han condenado al *solitary confinement*. Sáqueme Ud. de él.

Adiós. Memorias a Benita y Dominguito y Ud. disponga de su amigo.

Santiago Arcos

Dígame Ud. qué dirección debo dar a mis cartas.

Ud. escríbame.

N° 1 Rué du Chateau des Fleurs.

Champs Elysées.

París.

M.H.S N° 1.321 Carpeta 10

Sr. Don Domingo F. Sarmiento

París, 23 de abril de 1863

Mi querido Sarmiento

Ayer recibí una carta escrita desde San Juan que me mandó Carril. Tuve un buen rato y un pesar, lo veo a Ud. trepado en una cumbre y a la vez agachado como un barretero en galería demasiado baja. ¡Qué diablos hombre! Las penas son detalles, el todo es lo que se hace, feliz Ud. que hace algo y no feliz yo que sin penas, o más bien sin amarguras nada hago. Hay hombres canos y robustos. Suponga Ud. que es Ud. pelo muerto, canas y que todo San Juan es

su cuerpo. Mírese Ud. en sus obras y veremos si hay tristura que resista, a l'accomplissement des devoirs. Con que fuera tristuras y trabajar, que trabajar es gozar.

Hará como un mes o dos tuve el gusto de ver a Rickard, hablamos de Ud., me dio muchas noticias de San Juan y de las minas, pero no me dio carta suya.

Me alegro que las minas hayan esperado para salir a luz una época en que su explotación sea posible. Me alegro también que Lenoir piense como Rickard y sobre todo confío en el buen éxito porque los copiapinos creen en esas vetas. Ojalá esa riqueza dé a Ud. los medios de dar tal solidez a las instituciones liberales al pie de los Andes que entre Bachichas de los Ríos y mineros de la cordillera aprieten ustedes los gauchos de los llanos de tal manera que acaben por desaparecer como megaterios.

Yo, Sarmiento amigo, sigo ocupado únicamente de mi hijito Santiago que me ha salido a pedir de boca. Es tan bueno como Ud., tan alegre como yo y tan inteligente como su madre. Estoy tan contento con él que a veces me sorprendo rezándole letanías, justificación de mi existencia, consuelo del pasado, esperanza del porvenir, no hay disparate que no le diga.

Para hacer algo me he echado a literato, estoy escribiendo la historia de la República Argentina en francés, hay gabachos de estos que me dicen que está muy buena y lo que es más, una vieja que sólo lee novelas y que es muy bruta, después de haber leído unas trescientas hojas me pidió más. Estos son indicios que lleno mi objeto, contar un cuento muy largo sin fastidiar. Creo poder acabar para septiembre, en diciembre tendrá usted el libro impreso, pues es libro. En attendant mes essaies litteraires, mando junto con éstos un libro que usted ha pensado y que quizá habría escrito si hubiese usted tenido tiempo, o más bien si hubiera usted principiado por Estados Unidos y acabado por Francia.

Libro y carta van por favor de Ascasubi que me promete mandarlas en cuanto llegue a Buenos Aires. Adiós amigo. Estaré a la mira para libros, por el próximo vapor le escribiré más detenidamente. Ésta la escribo apuradísimo, pues son las tres, tengo que ir a buscar el libro y llevarlo a lo de Ascasubi que sale a las cuatro.

Su amigo

Santiago Arcos

Memorias a Oro y al viejo Godoy que de la gente de por allá *apres vous sire* es lo que más me gusta y recuerdo con mayor satisfacción.

H.S. N° 1-316 bis Carpeta 10

Biarritz, 7 de agosto 1863

Mi querido Sarmiento.

Como se lo he dicho a usted en una de mis anteriores cartas la idea de regresar a América solía pasarme por la cabeza de cuando en cuando. Esta idea toma cada día más cuerpo, aunque mi posición de fortuna es suficientemente ventajosa para que pueda vivir sin privarme de nada en París, bien relacionado como lo estoy con coche y caballo (que aquí es lujo) gastando algo menos que mi renta. Pero esto de vivir tan sólo para cuidarme no me cuadra. Usted sabe mi máxima, trabajar es gozar. Pero por otra parte no quiero emprender otro viaje a tontas y a locas; quiero ir con un propósito formado, con algo hecho, para que no me fastidie por allá como suelo fastidiarme por acá.

Irme a San Juan a trabajar minas no me sonríe: seguramente es muy bueno poner en circulación los metales que duermen inútiles en sus sábanas de piedra, sobre todo es útil crear alicientes al trabajo, pero la ocupación del minero para ser fructífera, depende del acaso; no así las ocupaciones del agricultor.

El agricultor especialmente en las faldas orientales de los Andes (mi patria) puede crear inagotables minas formando potreros de alfalfa transformando los pobres campos de jarilla que apenas pueden alimentar un animal por cuadra, en verdes prados donde se pueden criar y engordar doce, o quince animales por cuadra. Una vez beneficiado el metal que se saca de la veta, el cerro queda pobre. El alfalfar talado vuelve a crecer y cada año la veta se llena tres a cuatro veces de metal riquísimo, por esto me gustaría hacerme agricultor en las faldas orientales de los Andes.

Pero no crea usted, a pesar de mi amor al trabajo, que estoy dispuesto a dejar mi buen París, para encerrarme en el Plumerillo o en el Alto de las Mulas a sembrar trigales en las jarillas, que más tarde se convertirían en alfalfares. Mis ambiciones son de otro género.

Quisiera crear allí donde nada existe, poblar un pedazo de desierto, dar vida, alegría y valor a lo que ahora está solo y lóbrego.

Existe en el sur de Mendoza, muy al sur, un pedazo de terreno cuya área no me es posible determinar ahora. Las pocas personas que lo han visto lo llaman la tasa de Malargüe, yo lo visité en 1849. Con razón le llaman tasa, se parece al *Happy Valley*, de que habla D. Johnson en *Rasselas*.

Al sur se levantan las cerrilladas que separan el río Malargüe del río Colorado, al oeste las faldas de la Cordillera Grande, al este la ciénaga y laguna de Malargüe formadas por un cerro muy alto "el Nevado" que impiden que las aguas del río Malargüe sigan corriendo al naciente y para que no falten límites naturales a estos terrenos, lóbregos hoy, pero que yo sabría convertir en un valle más rico que el de Aconcagua, hay dos arroyuelos, el Bata-Chacay y Pichi-Chacay que saliendo de la cordillera corren de poniente a naciente y van

a perderse en la inmensa ciénaga, estos son los límites de la taza de Malargüe por el norte.

Este terreno de Malargüe, es, Sarmiento, uno de mis sueños. Yo quisiera llevar allí vascos para sembrar maizales y criar vacas en las cordilleras. Suizos para hacer más quesos que en Gruyère, muchos pobres inquilinos del sur de Chile para formar potreros y una vez que hubiese formado un núcleo, dar a vender terrenos, con la condición precisa que me convirtiesen todo en potreros. Engordaríamos ganados. Podríamos tener lanas como las más finas de Sajonia y una vez aquello poblado, los habitantes harían allí más que cuanto nosotros podemos imaginar a priori.

La obra es colosal, el pensamiento muy bueno, los resultados magníficos, pero, ¿es realizable? Temo que no.

En primer lugar, si llego a Mendoza lleno de buenas intenciones, encontraré allí dificultades insuperables, no querrán venderme porque los terrenos estando despoblados y fuera de fronteras el gobierno de Mendoza para disponer de ellos tendría que consultar el gobierno nacional y eso es demasiado trabajo. Si me dirijo al gobierno nacional éste tendría que consultar al de Mendoza, luego la provincia tiene que consultar la legislatura y ésta el Congreso y de oficina en oficina andaría yo solicitando años y años antes de saber a qué atenerme, probablemente me fastidiarían tantas demoras y regresaría a Francia.

Luego, dado el caso que consiga que me vendan el precio pedido sería probablemente disparatado y los plazos demasiado cortos, verdad es que la tasa de Malargüe no sirve ni a Dios ni al diablo pero para todo hombre sensato, el proyectista (y basta proponer algo para sentar plaza de proyectista que por allá es sinónimo de pillo) es un hombre que viene a engañar y a robar y contra un proyectista toda desconfianza es poca. Por esto yo que desconfío de los sensatos tanto como éstos de los proyectistas quiero *sondear antes de navegar*.

Cree Ud. posible obtener un contrato en estos términos poco más o menos.

“El Gobierno de la Provincia de Mendoza, oído el dictamen del Gobierno Nacional, vende a D. Santiago Arcos todos los terrenos de la tasa de Malargüe, a saber los terrenos entre el río Malargüe y el más al norte de los dos Chacayes, entre la falda de la cordillera y la ciénaga de Malargüe; bajo las condiciones siguientes.

1º Las aguas del Malargüe y de los dos Chacayes serán propiedad exclusiva de Arcos.

2º Los terrenos comprendidos en los límites indicados serán pagados a razón de un real plata por cada cuadra cuadrada de 150 varas por costado, o sea \$ 200 (pesos fuertes de 16 en onza) por cada legua cuadrada de 6.000 varas por costado.

3° El pago de los terrenos será exigible en 12 años por terceras partes; el primer plazo exigible 7 años después de la fecha de este contrato, el 2° plazo 3 años después del primero, y el último plazo 2 años después del segundo.

4° Un año después de la fecha de este contrato Arcos presentará al Gobierno de la provincia un plano de los terrenos, levantado a su costo por un agrimensor recibido y sobre dicho plano se determinarán las cantidades que deberán ingresar a la provincia por los terrenos vendidos.

5° Don Santiago Arcos recibirá el título de propiedad en cuanto haya satisfecho un real por cuadra.

6° Arcos no podrá enajenar terrenos sin satisfacer previamente a la provincia el precio de un real por cuadra y en caso que quiera hacerlo antes del 12mo. año, tendrá que satisfacer este pago sin esperar los plazos estipulados.

7° En el caso que al 7mo. año Arcos no efectúe el pago estipulado el contrato será reputado nulo y los terrenos volverán a la provincia.

Yo creo que el Gobierno haría bien de venderme esos terrenos bajo estas condiciones: 1° porque ahora Malargüe nada vale. 2° porque comprándolo yo tengo interés en llevar buena emigración. 3° porque para una empresa sería indispensable darle tiempo para que sepa a qué atenerse.

Si nada hago, yo habré perdido mis viajes, mi tiempo, mis gastos de mensura. Los terrenos volverán a la provincia que nada habrá perdido por esperar 7 años.

Si voy bien, formo al sur de Mendoza un núcleo de población que dará valor a los terrenos de *Bellavista Yancanedo*, *Punta del agua*, *Sequía del Atuel*, *Isla del Atuel* y *Puntas del Diamante* cuya superficie es 200 veces mayor que la tasa de Malargüe que yo propongo comprar.

¿Qué me contesta Ud. a todo esto? Probablemente nada porque estoy muy lejos; pero para remediar este mal mando esta carta a Copiapó, a mi hijo político D. Carlos González Ugalde. Él encaminará esta carta hágame Ud. el favor de escribirle, si el negocio le parece bien diciéndole con quien debe enterse(sic) para seguir este negocio, que espero recomiende Ud. a su colega de Mendoza. Si yo veo que esto toma un aspecto serio me embarco y pronto me tendrá Ud. en San Juan.

Escribo esta carta en un pueblito de la costa de los Pirineos, legua y media de Bayona, veo las facilidades que tendría aquí para encontrar buenos emigrantes vascos, esta gente me ha hecho pensar en Malargüe.

¿Cree Ud. que saldrá algo de tanto proyecto? Yo creo que no. Los mendocinos dirán, qué barbaridad va a ganar mucha plata si le vendemos Malargüe a real cuadra.

Y si no me lo venden ¿cuántos años pasarán antes que crezca allí una mata de alfalfa, cuántos años antes que una población *no gaucha* dé algunas esperanzas de estabilidad?

Adiós Sarmiento, si don Domingo Oro, y el viejo don Juan Godoy viven aún deles Ud. memorias porque esos dos viejos son los que más quiero por allá.

Adiós su amigo

Santiago Arcos

M.H.S. N° 1.316 Carpeta 10

París, 8 de enero de 1864

Monsieur le Gouverneur:

Je vous souhaite une bonne et heureuse année et comme je n'oublie pas les amie qui sont au loin voici vos étrennes pour le jour de l'an.

1 La sorcière de Michelet.

2 Le terre avant le Deluge de Louis Figuier.

3 La Vie de Jesús par Renán adonde verá Ud. que nuestro Señor Jesucristo tiene mucho de riojano, hombre callado y conversador, tipo que rara vez se encuentra en estos mundos de por acá y que aún se suele hallar entre la gente que vive aislada. Creo que leerá Ud. el libro con gusto.

4 Le parti Liberal par Laboulaye, que es el mismo que le robó a Ud. su libro sobre los Estados Unidos.

Lea Ud. con atención estas cuatro producciones de los caletres europeos, que creo ver la más alta expresión del progreso en esta tierra, y se convencerá Ud. que la iniciativa europea concluyó. Todo lo que estos señores dicen nosotros los ciudadanos de los Estados Unidos, lo sabíamos sin saber cómo, que es como deben saberse las cosas. Porque muchas verdades que han llegado a ser del dominio común, que como axiomas ya no se discuten en la nueva Inglaterra se están discutiendo aún en Francia.

Que le dé a Ud. ahora noticias más. Por suertes raras su carta del 30 de julio de 1863 me llegó hace unos diez días. Mucho gusto he tenido en ver cuan de veras me quiere Ud. y créame el cariño es recíproco y en prueba de ello ando siempre acariciando la idea de volver por esos mundos y créame Ud. Sarmiento, de cierto modo tiene Ud. la culpa, y en prueba de ello una larga carta que le escribí desde Biarritz en agosto de 1863 en que le hablaba de

comprar unos terrenos en Malargüe, aún no tengo contestación a ésa mi carta pero ya vendrá y veremos entonces.

Mi hijo Santiaguito sigue siendo mi consuelo, mis esperanzas de porvenir y mi mejor amigo, mucha pena me ha causado lo que me dice de Dominguito pero si es inteligente volverá a ser su amigo, lo que celebraré porque nosotros los viejos necesitamos querer y cuidar para ser felices. Entretanto y puesto que la mala suerte lo ha privado de una parte de su familia quiera Ud. a San Juan. Por nada salga Ud. de la provincia, haga Ud. toda clase de sacrificios por seguir de gobernador, y nada más que gobernador. El 2 de línea y un movimiento de Rivas salvó el ejército de Buenos Aires en Cepeda, que la provincia de San Juan sea el 2 de línea de la República Argentina. Adiós amigo, he visto con mucho gusto que han fusilado al Chacho. Ahora falta ahorcar a don Justo a menos que no tenga la feliz idea de morirse de pícaro que es lo mejor que podría hacer.

Aún no he concluido mi historia, es trabajo largo y difícil sobre todo para mí que trabajo sin aliciente de ninguna clase, pero está bastante adelantada para creer que principiaré a imprimir en marzo de este año.

Voy a entregar esta carta y los libros al Encargado de negocios don Mariano Balcarce. Contésteme Ud. del mismo modo y sus cartas no tardarán 6 meses como la última que he recibido.

Su amigo

Santiago Arcos

M.H.S. N° 1.317 Carpeta 10

París, 23 de enero de 1864

Mi querido Sarmiento

Por el último vapor escribí a usted mandándole unos libros y pidiéndole muestras de metales e informes sobre las minas de San Juan. Hoy aprovecho del vapor que sale de Burdeos el 25 para volver a hablar a usted de minas. Creo que con alguna buena voluntad se puede hacer aquí algo bueno. He visto con asombro las sumas que las compañías francesas han invertido para trabajar minas en España y si la Francia de 1864 está atrasadísima en materias políticas no sucede otro tanto a la Francia industrial que se desarrolla de un modo inesperado, y en cuanto a empresas va tomando proporciones inglesas.

Creo pues que sería conveniente que la provincia de San Juan me nombrase su agente oficial en Europa para promover de todos modos la industria minera en la provincia de San Juan.

Mi *pretensión* que yo llamo mi *ofrecimiento* es aceptable en primer lugar porque no pido ni sueldo, ni subvención ni nada que lo valga. Pido únicamente los datos necesarios para poderlo servir, pido datos oficiales para que los informes que pueda dar tengan mayor valor. En una palabra, ofrezco a los sanjuaninos un agente inteligente y gratis que si algún provecho saca de su nombramiento lo deberá a los pesos que él saque de su bolsillo para dar piques en esos sus cerros.

Pero todo esto es dado el caso que usted siga de gobernador de San Juan o que usted gobierne a quien gobierne, de otro modo no. En fin hijo, ya está usted avisado yo estoy en buena posición para hacer mucho, ahora toca a ustedes darme los medios más adecuados para servirlos bien.

Su amigo

Santiago Arcos

M.H.S. N° 1.318 Carpeta 10

Señor D. Domingo F. Sarmiento

París, 15 de junio de 1864

Mi querido Sarmiento

Recibí su carta del 30 de marzo de San Juan y como la acabara dije casi sin querer unos versos, creo de Espronceda.

Palpé la realidad, odié la vida. Sólo en la paz de los sepulcros creo.

Qué desaliento querido amigo. ¿Y por qué? Porque no lo han entendido, pero el bien que usted ha hecho, hecho se queda. San Juan llora porque usted le ha lavado la cara, pero queda esa cara lavada, no le dejan a usted seguir trabajando, triste es ello pero va usted de plenipotenciario, menos mal. Ya había pasado usted mucho tiempo en la tierra argentina. Usted tomará nuevas fuerzas en los Estados Unidos que han crecido y se fortifican por la guerra, como en otro tiempo crecían con la paz. Feliz usted que podrá ver de cerca, lo que cuesta un error. Washington olvidó a los negros porque permanecieron mudos en su tiempo, porque no quería dar rango de ciudadanos a los que no comprendían los deberes que la ciudadanía impone, pero esa injusticia debía tarde o temprano pagarla los amos que aprovechaban de la injusticia. La guerra ha sido el castigo y la guerra llevada con negros será la recompensa Usted lo verá de cerca que la guerra que acabó ya con los esclavos será la base de un poder cual todavía no se había soñado. Las pobrezas de Francia y su imperio mexicano, las pobrezas de España y sus robos de mierda, se verán muy pronto, no tardarán en conocer los monarquistas que la lucha entre

hombres libres y ejércitos disciplinados a la europea es tan imposible como entre incas y españoles, y los bobos quedarán boquiabiertos cuando se les demuestre que la libertad es la fuerza y el despotismo la impotencia. No se queje usted, no se deje usted abatir.

Volverá usted a su tierra argentina a luchar otra vez, a vencer otra vez y a trabajar sobre un terreno mejor preparado, y los resultados serán mejores, aunque la ingratitud vuelva a ser la misma.

Respecto a minas de San Juan le diré: en cuanto reciba las muestras las haré ver y contribuiré en lo posible para que Parent y compañía se aficionen a esos minerales, en cuanto a mí, creo que no iré, su partida de usted de San Juan me ha enfriado mucho, qué haría allí sin usted, nada, prefiero quedarme con mi Santiaguito que es mi consuelo y todo mi porvenir.

Adiós mi buen viejo, escíbame usted más alegre y crea usted siempre en la amistad de

Santiago Arcos

Nota: No sé cómo poner el sobre pero va a su solo nombre que es su mejor título.

M.H.S. N° 1.319 Carpeta 10

Badén Badén, 17 de agosto de 1864

Mi querido Sarmiento

La víspera de mi partida de París para este lugar recibí su carta de Santiago del 16 de julio y los apuntes biográficos que me remitía usted. Debiendo ausentarme de París fui a ver a Balcarce y recordándole el empeño que él tenía de publicar unos apuntes biográficos de D. Domingo F. Sarmiento le entregué el manuscrito que deseaba tener.

El secretario de Balcarce, M. Gallet de Kulture ha publicado ya algunos trabajos sobre las cosas de América, y esos apuntes publicados en francés y español como un trabajo de Kulture llenarían completamente el objeto que usted se propone y que es bueno y al que deberían interesarse los hombres de la República Argentina. Balcarce quedó conforme con todas estas ideas y ha quedado en avisarme cuándo y cómo hará esta publicación en cuanto reciba su carta. Le escribiré a Hopkins, pero dudo que reciba mi carta en Nueva York pues me aseguran que Hopkins quedaba en Buenos Aires a la salida del último vapor. Lo que me dice usted de los adelantos de Chile no me admira, llegaba usted de San Juan y Santiago lo ha asombrado a usted. A su vuelta de Nueva York ya verá usted lo poco que vale.

La cuestión del Perú le producirá a usted un desengaño La inmoralidad de los hombres públicos americanos va *se montrer dans toute sa laideur*.

En el Perú aprovecharán para hacer nuevos empréstitos, derrochar dinero, engordar algunos jugadores y no hacer nada. La calaverada de Pinzón o más bien de Mazaredo, hubiese podido arreglarse inmediatamente. España a quien presta usted miras más largas que las que tiene en realidad, hubiese gustosa pasado por todo arreglo honroso. Para comprender esta cuestión imagínese que España es un ministro cuyo agente ha cometido un disparate y el Perú, un diarista perendengue de la oposición, que quiere aprovechar del disparate para juzgar sin pasión esta cuestión. Recuerde que la España vale poco como respetabilidad y que el Perú no vale nada.

Adiós amigo, por el próximo vapor volveré a escribir a usted y espero poderle mandar dos ejemplares de la publicación de Kulture.

Su amigo

Santiago Arcos

M.H.S. N° 1.320 Carpeta 10

París, octubre 18 de 1864

Mi querido Sarmiento

Mi última carta fue de Badén, después quise conocer unos cuantos de esos lugares de tierra adentro de que hemos oído hablar, pero que rara vez visitan los viajeros americanos. Estuve en Karlsruhe, Heidelberg, Darmstad, Francfurt, Hombourg, Wiesbaden. Las orillas del Rhin, Bonn, Colonia y regresé a París por Bélgica. Santiaguito gustó mucho de catedrales, museos y ciudades. *Quand a moi plus je connais les hommes et plus j'aime les chiens*. Mientras más ciudades veo más me gustan los campos sin cercos. Qué lástima Sarmiento que seamos tan brutos. Si por allá fuésemos *todos* brutos como nosotros dos nomás, que bien viviríamos por el Tandil o en Calingasta, pero si por aquí hay estrechez, por allá hay gente como Don Vicente Izquierdo o como Don Justo Urquiza, manifestaciones tan repelentes la una como la otra de la mala educación que nos viene de tan atrás.

Pero aquí estamos y nos quedaremos así hasta que un viento más fuerte me empuje, ya sea a los campos sin cercos o me clave en estas estrecheces.

A mi vuelta de Alemania encontré su carta del 11 de agosto y yo me admiro que Ud. se admire de la fuerza orgánica de mi buen sentido etc., etc.

Señor don Domingo si Ud. viese de cerca este gran poder de Napoleón, ¡que desengaño! Ni siquiera tiene eso grande que Ud. le encuentra.

Don Luis Napoleón es un buen hombre viejo ya, amolado y cansado de la bajeza que lo rodea, peleado con la mujer que es tonta. Quiso putear para distraerse, tomó a la Marguerite Beranger, *une sommité*, para despertar deseos en cuerpos hastiados y la Marguerite lo ha cansado. Ahora quiere a un perro que se revuelca con el hijito que ha sacado más de la mamá que del papá. En el siglo XIX las tiranías o más bien la omnipotencia producen la hipocondría. Todos estos esplendores son manotadas de ahogado. La expedición a México, un fiasco. La ocupación de Roma un fiasco. El Imperio un fiasco, el ejército un fiasco. El pueblo mira bruto e indiferente, pero no es cómplice y sin cómplices, los Reyes Soles como Luis XIV se vuelven Lunas. Mac Mahon, el actual Duque de Magenta a pesar de su valor, de su inmensa ciencia militar es un cuerpo sin vida y Grant ese poste de bronce que nada mueve, es la guerra viva porque dispara cañonazos que suenan en el porvenir.

Juárez fugitivo es el derecho, Bazaine y Maximiliano una necedad sin porvenir. En España, los pobres gobernantes hacen como los telégrafos que Ud. conoció en Europa, repiten los movimientos que ven hacer a Napoleón, toman a Santo Domingo y se apoderan de las islas Chinchas y mandan soldados a lejanas tierras, pero sin premeditación, sin planes de monarquizar la América, prestarles vistas tan largas es hacerles más honor que el que merecen. Luego en España hay un pueblo detrás de esos gobernantes que puede ser indiferente, pero que no es cómplice y uno de estos días todas esas injusticias caerán bajo el desprecio público. En dos palabras, todo esto da lástima pero no debe asustar la democracia que uno de estos días va a despertar y a echar a tanto criado viejo, que nos están sirviendo como servían a nuestros tatarabuelos, que guardamos por consideración, pero que tendrán su retiro el día menos pensado. Lo serio hoy es la lucha en Norteamérica. Guay de vejeces si triunfa el norte.

Con que para concluir este asunto tenga Ud. la calma de los que van a vencer. Siento que la democracia tiene bastante fuerza ya para andar a planazos sin dar cuchilladas, lo que siempre es feo.

Vamos a otro asunto. Como se lo dije a Ud. en mi última di sus apuntes biográficos a Balcarce y desde mi vuelta he tratado de verlo pero no he podido, pues ustedes los diplomáticos argentinos cuyas misiones son para todo el universo y otros lugares, andan a salto de mata. Balcarce cuando no está metido en Brunoy anda por Londres, Madrid o Turín pero toma nota de lo que Ud. me dice y sólo se publicarán cuando la ocasión se presente.

Adiós amigo - Hasta otro vapor - Suyo

Santiago Arcos

M.H.S N° 1.322 Carpeta 10

S.D.

La señora viuda de Arcos participa a usted el efectuado enlace de su hijo D. Santiago Arcos con la señorita Da. Claudia Maneyro.

París, 18 de enero de 1865

M.H.S. N° 1.323 Carpeta 10

París, 16 de junio de 1865

Mi querido Sarmiento

Contesto a su carta del 20 de mayo de Nueva York, escrita por Bartolomé Mitre, a quien dirá usted que lo que más deseo es que estudie y aproveche de los Estados Unidos, que espero saber que ha dejado al sur de la línea sus debilidades de niño, y que es ahora todo un hombre, que honrará el nombre que su padre con menos medios que él ha sabido ilustrar. Me alegro que esté con usted y más me alegraré que vivan ustedes dos con la misma confianza que teníamos por esa tierra en 1847.

He buscado el folleto "*L'ère des cesars*", imposible dar con él, pero Fontaine que es un librero cateador de obras perdidas, ha quedado en buscarlo y si me lo manda, irá a los Estados Unidos.

Le mando *pour acquel de conscience* pero debo advertirle que todo trabajo sobre el libro del Emperador es perder tiempo.

El Julio César de Luis Bonaparte, se murió en cuanto vio la luz. Nadie lo lee y ya nadie se acuerda de él. Es un libro muy rebuscado, escrito por una sociedad de literatos, de arqueólogos y de latinistas que hubiera podido servir para las Escuelas Europeas, si el sistema europeo hubiese cuajado, pero ya todo lo de Europa tiene en el mundo del porvenir el mismo valor que los Vedas de brahama en Europa, *c'est curieuse pour les erudites. Voilà tout* y ocuparse de ello sería una soberana locura, así amigo Sarmiento, como se halla Ud. lejos de estos cadáveres pudiese ser que se equivocase y creyese que puede contestarse a esta gente, error. Su deber es olvidar a la Europa y darle su verdadero rango, que es el mismo que tuvieron los persas, indostaneses y chinos en tiempos cuando Beranger decía de la Francia, *brille étoile du matin*, ya no hay estrella.

Usted está en el centro de la vida, no mire usted para acá sino para dar me de cuando en cuando noticias de mi mejor amigo. De aquí los diarios le dirán lo que hay, nada entre dos platos. De la Confederación Argentina, el Paraguay o

sea la cola de la federación ojalá sepa Mitre salir con éxito de esta prueba. Suelen decir queda el rabo por desollar como cosa muy difícil.

Suyo

Santiago Arcos

M.H.S. N° 1.324 Carpeta 10

Burdeos, 24 de septiembre de 1865

Mi querido general

Recibí su amable carta del 20 de mayo en que me dice usted cosas muy gratas y otras que justificaré con dos palabras. Siempre que he podido encontrar trozos hechos, los he zampado en mi historia. Primero, para ahorrarme trabajo y segundo, porque para decir la verdad, sobre esas remotas tierras, tan sistemáticamente mal apreciadas en Europa es bueno buscar cómplices. Si no he sido tan original como hubiese podido serlo refiriendo lo que he visto es por aquello del irlandés ovejero en Navarra que ponderando lo bien que vivía en las pampas decía: "aquí como carne tres veces por semana". Si hubiera dicho la verdad, nadie lo hubiera creído en su tierra.

Cuando ésta llegue a sus manos sabe Dios cómo andará la guerra, ni tan mal como algunos por aquí me cuentan ni tan bien como yo lo deseara. Han principiado ustedes tarde. Los paraguayos han podido decir, lo que vale tanto como el buen derecho quien da primero da dos veces. Pero con mucho o poco dinero, usted y el Brasil llevarán lo mejor del torneo. El Brasil sobre todo.

Usted tiene un gran defecto. Le falta ser algo más bárbaro. Usted mismo me lo decía. Mandeville era el mejor encargado de negocios que la Inglaterra podía acreditar cerca de Rosas, porque Mandeville había estado mucho tiempo en Turquía. Pues a usted le falta Turquía para guerrear río arriba. A pesar de esto creo que le irá a usted bien y por tanto le escribo a usted una carta de paz, ocupándome de cuestiones venideras con el mismo afán que si siguiendo mi indicación juiciosísima me hubiese usted nombrado ministro en Francia.

Principiaré por desplegar a usted en guerrillas unas cuantas generalidades que sabe usted tan bien como yo pero que no temo repetir porque siempre es bueno tenerlas en memoria.

Hasta ahora los saladeros de Buenos Aires y de Entre Ríos, han matado los ganados que pueden retirarse de un área de terreno insignificante si se compara con los terrenos de pastoreo de que puede disponer la república. En un porvenir no lejano (si se atiende a la ganadería) cada una de las provincias de la república puede dar anualmente tanto ganado como el que ha dado la República entera en estos últimos años y la sola provincia de Bs. As. puede dar a los saladeristas diez veces mayor número de cabezas que las que ahora llegan a Barracas.

¿Pero sería juicioso esperar una actividad tan grande en las faenas de saladero, cuando la poca carne que actualmente se exporta abarrotó los dos únicos mercados que tiene la república? ¿Podemos esperar una mejora para el porvenir cuando todo nos indica que muy pronto perderemos el mercado del Brasil? Los productos de la ganadería aumentaron en el imperio mucho más rápidamente que el número de consumidores de tasajo y Bs. As. si no se muestra previsor, pronto se verá reducido al limitadísimo mercado de la isla de Cuba. Para que los trabajos de saladero puedan tomar toda la actividad que pudiesen tener si se aprovecharan los campos de pastoreo de Orán a Choele-Choel, de los Andes al Paraná, sería necesario generalizar el uso de las carnes de la República Argentina en la parte del mundo donde más se necesitan. En la Europa occidental tenemos más de cincuenta millones de bocas que apenas comen carne una vez por mes porque la carne es demasiado cara, cuesta de quince a veinte sueldos libra.

Imagínese usted la importancia que llegarían a tener las pampas si en vez de contar uno o dos millones de consumidores para uno de sus mejores productos, contasen con cincuenta millones. Las ventajas no se limitarían a poder vender con lucro cuanto se pudiese criar. El aumento de consumidores aumentaría la importancia de la cría de ganados. Los países más poblados y más ricos tendrían que contar con las pampas, con esos campos apenas conocidos de unos pocos emigrantes de Bayona o Génova. El número de personas interesadas en estudiar el mejor modo de conservar las carnes decuplicaría y quizá el difícil problema de conservación, envase y transporte, acabaría por tener una solución y estoy firmemente persuadido que esta solución se encontrará cuando el número de interesados esté en relación con el desarrollo que puede tomar esta exportación. El número de emigrantes aumentaría hacia un país que todos los días se haría presente. El precio de las carnes se equilibraría con el precio de las carnes en Europa, y aunque la carne salada nunca llegaría a tener el precio de la carne fresca, vendida en Europa de cinco a siete sueldos libra, sería una inmensa ventaja para los de Bs. As. que actualmente la venden a dos sueldos y para los europeos que ahora la pagan de quince a veinte sueldos. El precio de las propiedades beneficiaría con el aumento de valor de las mercancías que estas propiedades producen, por fin el país ganaría políticamente hablando, pues para apoyar una pretensión la Europa no quisiera hacer sufrir su propia población.

Pero usted puede prever también como yo las ventajas de lo que yo llamo la conquista del mercado europeo. Pero cuántas dificultades no hay que vencer para conseguir que franceses, ingleses, belgas, españoles, portugueses, italianos y alemanes busquen este alimento, como buscan el pescado seco, muy inferior a la carne seca pero que están acostumbrados a comer. No necesito hacerle a Ud. la historia de las dificultades que han tenido que vencer todos los nuevos alimentos. Pero si el pescado seco, el maíz y las papas han acabado por generalizarse, no debemos desesperar de generalizar el uso de la carne tasajo, no debemos desesperar de llevar a cabo la conquista del mercado europeo para el Río de la Plata, conquista que costará menos que lo que saquen Uds. de sus conquistas paraguayas.

Hasta ahora mis ensayos han sido inútiles. Hace dos años hablé mucho con el Emperador Napoleón. Mis esperanzas eran generalizar el uso del tasajo en las tropas porque si los zuavos y demás héroes de por acá lo hubiesen comido, el labrador y el obrero lo hubieran comido con gusto. El Emperador parecía aprobar esta idea, parecía tener el mayor empeño en que se generalizase el uso de esta carne entre los labradores, hice venir carne. Se comió en Tullerías, gustó mucho, pero no pude conseguir lo que pretendía: una orden para hacer venir 30 o 40.000 quintales. Y he acabado por persuadirme que para conquistar el mercado europeo es necesario dejar de lado toda idea de lucro y siendo así Ud. es el único asociado que puedo buscar. He aquí mi plan de operaciones: la conquista del mercado europeo no puede obtenerse sino a fuerza de sacrificios pecuniarios, que no podrán aprovechar a los que los hagan. Para mayor claridad le diré en griego como dice Moratin. Es necesario que durante dos a tres años el consumidor imponga sus precios al productor. Lo que no sucederá, si no encontramos medios de compensar las pérdidas del productor pues nadie puede producir para perder.

Pedir esta compensación o al gobierno o a la contribución me parece poco republicano, bueno para países que viven bajo la tutela administrativa y no para países libres *Self governing communities*.

Lo que me parece bien, sería formar una sociedad numerosísima de estancieros, saladeristas y propietarios para la conquista del mercado europeo.

Cada socio, sin esperar más compensación que el bien que pudiese resultar para el país, se comprometería a dar una suma anual durante 5 ó 6 años. La suscripción sería voluntaria. Suscríbase Ud. por 3.000 \$ m/c por año, yo me suscribo por otro tanto, haga Ud. suscribir a Drago, Paunero, Don Justo Anchorena, Cascallares, L. Pereyra, Vedia y hasta Lucio Mansilla, Sra. María Cambaceres etc. Y reúname Ud. 2.000.000 de pesos papel.

La sociedad una vez constituida mandaría mensualmente 3.000 quintales de carne que se venderían en los mercados europeos. Suponiendo que el primer año perdiésemos 800.000 pesos sobre 36.000 quintales, los 200.000 pesos restantes se emplearían en pagar artículos de toda clase para popularizar la nueva mercancía. Si el primer año perdemos 800.000 pesos sobre 36.000 quintales quiera el segundo los perdamos sobre 80.000 y me parece que no perdiendo nada en el tercer año, otros exportarían por su cuenta quizá gracias a una buena serie de artículos, algunos europeos principiarían a especular en carnes y habríamos gloriosamente acabado esta conquista que costará mucha sangre de novillo y vaca y ninguna sangre de gente. Yo me ofrezco, no me impongo, para ser el corresponsal en Europa, vea qué le parece esta idea que se encadena con mi sistema de fronteras y avíseme.

Había tocado este punto ligeramente con Rufino Elizalde, pero después de pensarlo bien he preferido escribir a Ud. que me entenderá y que a pesar de los galopes tendrá un rato para contestar a su amigo.

Santiago Arcos

Burdeos, 20 de octubre de 1865

Mi querido Sarmiento

Ayer recibí aquí su carta del 29 de septiembre. Tomemos uno y otro la costumbre de contestarnos nuestras cartas, como yo contesto su última, de esta manera estaremos en más inmediato contacto lo que me parece lo más racional pues es Ud. el amigo a quien más quiero y viceversa. Yo tengo mucho que contarle y el cuento es triste. Me casé como Ud. sabe el 7 de enero del presente con una niña que le gustará a Ud. mucho y hemos principiado mal. La pobre, después de un penosísimo embarazo tuvo un mal parto el 20 de agosto, o más bien un verdadero parto de mellizos, niño y niña, dos hermosísimas criaturas pero que nacieron muertos. Su restablecimiento fue largo, felizmente ya está buena y repuesta como se saben reponer las mujeres antes de llegar a los 23 años.

Ahora paso a explicarle mi residencia en Burdeos. Sabrá Ud. que después de mucho cavilar, después de consultar los gustos de mi hijo Santiago y los de mi mujer he abandonado toda idea de volver a América, y que mi residencia habitual será Europa. Mis mejores amigos, y mis intereses se encuentran en España y creo que será España el lugar donde vaya a acabar mis días. No como comerciante ni banquero, iré a vivir allí de mi renta y quizá como *distracción* me haré hombre político, no hombre político en primera línea, sino de esas comparsas que figuran como diputados o senadores de culo. *C'est bon pour faire une fin*. Mi hijo que según todas probabilidades tendrá un fortunón en Europa podrá ser más, el muchacho va muy bien, es el chiche de los niños de grandes y títulos y, como le gusta el boato más que el desierto, mis ambiciones pasan a él. Hago en una palabra lo de Carlos Quinto, abduco en él y veré de prepararle un camino ancho para que sin perderse pueda desviarse. Uniendo estas ideas he venido a pasar el invierno en Burdeos, mi mujercita tiene aquí toda su familia. Santiago sigue sin interrupción sus estudios principiados en París, estudia mejor porque tiene menos distracciones y yo estoy más a mano para hacer mis viajes a Madrid, y ver si puedo avenirme con esa gente. Ud. escríbame *Rué du Chateau Trompette N° 8, Bordeaux*, hasta nuevo aviso.

De cosas de la República Argentina no le puedo decir nada, ya cuando ésta llegue sabrá Ud. qué fin han tenido los de la Uruguayana después de la victoria del Yatay. La guerra paraguaya no es un mal, al contrario producirá un bien, pero esa pobre tierra argentina que marcha tan bien me parece un niño enfermo, a pesar de los médicos que lo cuidan, a pesar de los remedios que le dan, la naturaleza hace tanto que el niño vive, se robustece y se hace hombre.

Hace *quinze meses* le escribí a Mitre la guerra del Paraguay, pero Mitre no me hizo caso. He solido ocuparme de la República. Le mandé un plan de fronteras, práctico, fácil, todo mi secreto consiste en oponer la civilización a la barbarie, las casas de azotea a los toldos, los caballos a pesebrera a la tropilla, colonos alemanes con escopetas en vez de los pobres gauchos desarmados, no pedía un ochavo, pedía la concesión del terreno *después* del éxito. No me han hecho caso, pida Ud. a Mitre copia de ese plan de fronteras, quizá Ud. en los Estados Unidos lo podría realizar. Después he hecho otro esfuerzo por el país, en septiembre le escribí para ver si quería ocuparse de conquistar un mercado.

Quizá no me contesten. Ya ve Ud. que no soy proyectista, les indico *pro amore patrie* que hagan, pero no harán. No se alarme Ud. por esto. El país hará, el país acabará por tener fronteras como yo las indico, tardará más pero las tendrá y al fin y al postre los europeos comerán carne seca, lo que es una lástima, es que perdamos cien años para hacer lo que se hubiese hecho en diez años. Con un poco de previsión la guerra paraguaya en vez de durar un año, hubiese durado un mes y lo mismo de lo demás.

Para concluir voy a dar a Ud. una noticia como dicen los portugueses. *Save que mais. Ya emigró la inteligencia*, hemos visto en nuestros días, lo que en el año 48 creíamos que alguna vez podría suceder, se acuerda Ud. cuando me decía: de oriente a Grecia, de Grecia a Italia, de Italia a Francia, pues hijito ya está el centro del mundo en los Estados Unidos. Está Ud. en el centro del mundo. Los europeos no lo dicen aún, pero ya lo sienten, que respecto a los yankees están como los chinos respecto a ellos. Y esto es nuevo. Si viera Ud. qué pavor infunden los hombres de Grant y Sherman, esos dos brazos de gigante y el borracho Johnson, como sigue después de Lincoln ¡qué superioridad!, qué chiquitos están Napoleón III y su perro, los reyezuelos de Europa. La Inglaterra toda vieja, tierra, gente, aristocracia, ministerio y reina. Palmerston se muere. Y Cobden se muere y Gladstone dice seremos algo como la Noruega o la Holanda. Hemos vencido amigo D. Domingo la grande, la inmensa unión llevará el mundo a *remorque*. Como Gulliver llevaba la escuadra de los Lilliputienses. Dígame Ud. qué harán los yankees de México y de los franceses. Lo mejor sería tomar a esos gabachos y darlos entre las familias del oeste, como Aldao daba los chinitos que tomó en Malargüe. Muchos de ellos han acabado por ser buenos peones de bozal y rienda, pues muchos de esos gabachos podrían llegar a ser ciudadanos. Cuénteme lo de México; sigo esa cuestión con sumo interés, es la última tentativa de los europeos sobre América y curiosísimo como episodio final. Cuénteme lo de México. Otra cosa. Hágame Ud. el favor de escribirme. Cómo debo poner el sobre de mis cartas para Ud.

Le mando un borrador de mi última carta a Mitre, ¿qué le parece? Contésteme a vuelta de correo.

Por ahora no pienso ir a Nueva York. Mi viaje no se realizará hasta fines del entrante año de 1866, pero sólo será viaje, por el giro que toma la educación de Santiago, es preciso que sea Bachiller *en lettres et en sciences*, como debe vivir entre chinos el pobre tiene que ser *letrado*.

Adiós, hasta luego, su amigo

Santiago Arcos

M.H.S N° 1.326 Carpeta 1326

Burdeos, 1º de febrero de 1866

Mi querido Sarmiento

Recibí con atraso su libro y su carta. He leído el libro de Lincoln con cuidado y ojalá produzca en todos, el efecto que sobre mi ha producido, esto es reunir en cuerpo de doctrina mis vagas admiraciones por esa águila inmensa que ha bautizado al siglo XIX "los tiempos de Lincoln".

Qué espléndido triunfo Sarmiento. Viviremos aún para ver a la Inglaterra reducida al humilde papel de la Holanda. Los franceses hablarán de sus victorias de Marengo y África como oíamos hablar a los Españoles de San Quintín y Lepanto allá en nuestras mocedades. Todo eso se perderá en el horizonte y la Gran República brillará sobre el mundo, no como el sol de Carlos Quinto o Luis Catorce, candil que sólo brillaba para la servidumbre de sus señores, pero como verdadero sol, eterno como la justicia y el derecho. Es preciso vivir lejos de ese foco de luz para ver lo que pasa, para palpar la preponderancia inmensa de los Estados Unidos, para comprender que la Europa se ha dejado bolear por su falsa ciencia, por sus pequeñeces, sus ridículas ambiciones y su orgullo chinesco. ¿Qué hacer? Huir, no. Cuando nosotros andábamos desnudos ellos vinieron a vestirnos y nos enseñaron lo poco que sabían. Nosotros debemos hacer otro tanto. Yo me declaro desde ahora el sucesor de don Núñez Cabeza de Vaca, que pasó treinta años entre los indios del Missisipi antes de ir a colonizar el Paraguay. Yo aquí me quedo porque estoy entre bárbaros y cuando esto no me baste iré a España, porque allí encontraré mi Malargüe.

Anote Ud. que soy el primer emigrante.

Pero hablemos más de su libro. Es bueno, sólido aunque pesado, para leerlo es necesario amar al derecho y a la libertad. Se me figuraba Ud. uno de esos actores fríos que dicen su papel con monotonía. Sabiendo muy bien sus relaciones, dando a cada palabra su verdadero valor, pero contando con la inteligencia del público, más que con las inflexiones de la voz para hacer resaltar el alcance del pensamiento. Llega el asesinato y el escritor veterano se quita el poncho, el drama crece, el lector excitado sin saber por qué resorte oculto se apresura y el amigo dice que el autor del Facundo puede firmar la Vida de Lincoln, como el autor de la vida de Lincoln puede firmar el Facundo. Bravo, viejo, los años no han empañado la inteligencia, la han disciplinado y dado mayor vigor.

Voy a darle noticias más. Vivo en Burdeos ahora, pero no estoy arraigado en ninguna parte. Hasta que Santiaguito haya concluido su educación, yo revolotearé por Europa, no quiero sacarlo de aquí hasta que tenga su diploma de Bachiller. Después lo haré viajar, iremos al Niágara y al Salto de Guairá. Después vendré a acabar a España, quiero ser el primer colono de esa remota y aislada región. Estoy muy contento con la mujer, la quiero más ahora que cuando me casé y ella me quiere mucho.

¿Qué hace Ud.? ¿Piensa Ud. permanecer mucho tiempo en los Estados Unidos? Del Río de la Plata nada sé, nadie me escribe. No le mando a Ud. los libros españoles porque no los he encontrado, ni los necesita Ud. para nada. Mándeme Ud. sus cartas directamente: M. Santiago Arcos. Rue du Chateau des Fleurs N° 1 - Champs Elysées - París. Tengo allí mi cuartel general y su correspondencia no sufrirá atraso. Mucho me gusta lo que veo del hijo de Mitre, dele Ud. un abrazo.

Su amigo

Santiago Arcos

Dígame Ud. si la dirección está bien puesta.
M.H.S. N° 1.327 Carpeta 10

Burdeos, 20 de agosto de 1866

Mi querido Sarmiento

Sigue Ud. siendo tan bárbaro como siempre. La diplomacia no le da a Ud. esas cultas maneras que consisten en quitarse el sombrero cuando un conocido se lo quita y en contestar una carta cuando se recibe. Le he escrito a Ud. dos veces y la contestación no llega. No por eso me canso y acá va otra carta que espero tendrá mejor éxito puesto que voy a hablarle a Ud. de su pasión dominante, como dicen los falansterianos de las escuelas.

Ha de saber Ud. que sigo muy serio en mi propósito de explorador de esta pobre Europa. Ya le expliqué a Ud. en otra carta cómo había abandonado la idea de ir a establecerme a Malargüe, porque habiendo encontrado en Europa más barbaridad que por allá, me parecía mejor establecerme por acá, y que mi propósito era ser el Vasco Núñez Cabeza de Vaca de estos indígenas, y hete aquí la primera aplicación de mi papel de colonizador de estas tierras. Sabrá Ud. que para estar en más íntimo contacto con estos indígenas, me hice recibir masón, cuyos ritos no le son a Ud. extraños. Y entre paréntesis le diré que junto con ésta le mando un discurso que pronuncié en la Logia, y mando cuatro ejemplares para que lo dé Ud. a quienes más convenga.

Como estos masones pasan la mayor parte de su tiempo en hacerse señas, hemos convenido con algunos amigos utilizar las Logias de Burdeos para que todas contribuyan a formar una escuela modelo para educar a los francesitos y sacarlos si posible fuese de las garras *des frères ignorantins*, que desarrollan las supersticiones añejas, sin cuidar de desarrollar el entendimiento y para esto, es bueno no inventar sino copiar la escuela norteamericana, copiarla en sus muebles, en sus libros, en su organización, copiarla material y moralmente.

Nadie mejor que Ud. puede guiarnos en esta empresa. Díganos Ud. lo que debemos hacer. Si, como no lo dudo hay un librito impreso para guiar al que quiere establecer escuelas, que venga; mándenos igualmente un precio corriente de los muebles de escuela, sillas y mesas como las que introdujo Ud. en Buenos Aires, o más perfeccionadas si existen. En fin, deme Ud. los elementos para poder electrizar a estos indígenas y hacerles hacer una cosa buena introduciendo los adelantos del nuevo mundo en el viejo.

Adiós, contésteme muy pronto.

Su amigo el descubridor y primer poblador de Europa

Santiago Arcos

M.H.S. N° 1.328 Carpeta 10

Burdeos, 30 de junio de 1867

Mi querido Sarmiento

Ayer supe por una carta de Neyer que estaba Ud. en París. Si tuviese dinero no le escribiría, iría a verlo, pero estoy sin dinero y no puedo moverme, por esto le pregunto ¿cuánto tiempo piensa Ud. permanecer en París? ¿Después de París adónde irá? ¿Hay alguna probabilidad que pueda Ud. pasar 8 días conmigo en Burdeos? Aquí me encontraría a mí primero, a Santiaguito que lo recuerda a Ud., a mi mujer que sabe que sin excepción alguna es Ud. el amigo que más quiero. Aquí lo cuidaríamos como a *l'oncle d'Amerique*. Puedo esperar que cuando esté Ud. cansado del ruido de París, de esa nada entre dos magníficos platos, vendrá Ud. aquí a dejarse querer una semana, para no hablar de nada, no pensar en nada, para que haga Ud. un paréntesis en la trabajosa vida que lleva.

Contésteme cuatro letras. 18 Pavé des Chartrons, Bordeaux. Su amigo

Santiago Arcos

M.H.S. N° 1.329 Carpeta 10

París, 31 de junio de 1868

Mi querido Sarmiento

Corre por aquí la noticia de su triunfo completo en las elecciones para presidente de la República Argentina.

Su elección denota un progreso en esa tierra y hace honor a la administración de Mitre, porque no es Ud. la continuación de la administración anterior, tampoco es Ud. la expresión del provincialismo contra Buenos Aires ni viceversa. Es Ud. el candidato de los hombres inteligentes y yo me alegro de su triunfo como de un triunfo de la inteligencia.

Mal llevada, mal comprendida, mal servida, y con todos los males que quiera Ud. añadirle, la República, la Santa República vivifica esa tierra y eleva la mente de la patria argentina, y sus santos principiarán a llamarse Sócrates, Cristo, Franklin, Washington y Lincoln y no San Atanasio, Santo Domingo, Santo Tomás o el Siervo de Dios Bardesi y otros brutos que siguen guanándose en Chile, Bolivia y el Perú, ni como Bismarck, Napoleón o Pío Nono que guanear con caca de ganso esta pobre Europa que cada día está más bruta, vieja y tonta.

A pesar del triunfo de la inteligencia no crea Ud. que lo felicito mucho por la tal presidencia, allá también hay como por acá, mucho estiércol que sacar amigo Sarmiento y no es lecho de rosas en el que va Ud. a acostarse. Tiene Ud. a Urquiza y toda la canalla federal, más indomables, más embusteros y más falsos que maneador de cuero quemado, pero yo no le tengo pizca de lástima. Yo lo considero a Ud. como una pala o una escoba, algo como una máquina civilizadora. Hoy le dicen los argentinos. "Ea, Ño Domingo, ahí tiene Ud. Limpie Ud. y trabaje duro."

Si sale Ud. bien en su tarea, bueno no habrá hecho cosa que nadie le agradecerá puesto que su oficio es dar vida intelectual y domar a la mula chúcará que le van a entregar. Si le hacen a Ud. revoluciones, si lo fusilan o ahorcan, este detalle probará que la pala o escapa (sic) tenía mal mango o le faltaba algún requisito. Pero fusilado o muriéndose de viejo en su cama, habrá Ud. cumplido con su deber y por eso es que lo felicito muy de veras. Lleve Ud. adelante la idea republicana y salga lo que saliere.

Yo siento no poderle ayudar en nada ni tener nada que pedirle. He emigrado aquí y aquí me quedo. ¿Inútil? Quizá no, pero completamente ignorado y como la levadura, destinado a desaparecer cuando se principia a cocer el pan.

Mi hijo crece, creo que tendrá un nombre como pintor y lo educo de manera que ame lo justo y lo bueno. Adiós.

Mon cher condamné aux travaux forcés a perpétuité... Trabaje Ud. y si para algo cree Ud. que yo puedo servir no olvide Ud. que aunque presidente lo quiere siempre su amigo

Santiago Arcos

París Rué Bassano N° 1

M.H.S. N° 1.330 Carpeta 10

Madrid, 8 de diciembre de 1868

Mi querido Sarmiento

Para evitar confusión pongámonos cada uno en nuestro papel. Usted es Felipe II, el gran monarca que conquistaba tierras por medio de sus adelantados sin gastar un maravedí. Yo soy el adelantado Nuño Cabeza de Vaca, conquistador del Paraguay, que doy parte de mis exploraciones de estas tierras que están por conquistar a la idea liberal que es la fe del siglo XIX.

Hechas estas advertencias y dando rango de Alférez Real a D. José Guerrico que, según dicen, va de Secretario de Legación a París, a donde queda de besarrey el baboso de Balcarce, que sea dicho de paso, debería servir *sin sueldo*, pues para lo que hace, bastante tiene con los honores del empleo. Principia mi relación a foja vuelta:

Al Excelentísimo Presidente de la República Argentina, D. Domingo F. Sarmiento

Después de haber residido algunos años con las tribus que viven al norte de una cadena de pequeñas serranías llamadas Pirineos por los aborígenes de este continente, decidí marchar hacia el sur y venir a fijar mi residencia en las altas planicies de la Península llamada Ibérica en el lenguaje de estos bárbaros. Varias razones tuve para ello Excelentísimo Señor. El clima de estas altas planicies, seco y vigorizante, convenía más a mi salud que cuidar tengo para el mejor servicio de Vuestra Señoría y el estado moral de los moradores me daba mejores ocasiones de predicar la fe a los chapetones que a los franchutes o gabachos. Estos últimos se hallan bajo el dominio de un astuto cacique llamado Napoleón (que en lengua de estas tribus significa hombre que parece león siendo aygurá o zorro grande). Dicho Napoleón los tiene tan azonzados por los vicios que en ellos fomenta como ser codicia, mezquindad y lujuria, que pasarán años antes que la luz de la verdad penetre en la embarullada mente de los franchutes.

Las tribus de Iberia, aunque mucho más atrasadas en las artes mecánicas y mucho más rudas que los susodichos franchutes, hicieron no ha mucho un gran *Camolieu* que los chapetones llaman *pronunciamiento*. Se dieron de palos unos con otros, se tiraron de las mechas y la caciqueza que tenían se asustó y fue a refugiarse a las tolderías del cacique Napoleón y los chapetones quedaron como moros sin señor. Yo siempre atento al mejor servicio de V.S. he aprovechado para escribirles una plática, con la esperanza aunque lejana que en un Gran Parlamento que estos chapetones llaman *Cortes* las buenas ideas germinen como el dátil que el árabe planta en las arenas del desierto. Aunque la plática va escrita en el bárbaro idioma de los chapetones, me atrevo a esperar que con algún estudio podrá V.S. entenderlo y que se dignará

aprobar los esfuerzos que por la buena causa hace su adelantado en estas lóbregas comarcas.

Beso la mano de V.S.

Vasco Nuño Cabeza de Vaca
Vulgo

Santiago Arcos

Santiaguín está bueno y lo educo en las más puras máximas de la verdadera fe. Cuando tenga un rato desocupado, escíbame.

9 calle de Preciados. Madrid

Santiaguito y yo mandamos memorias al Dr. Vélez.

M.H.S. N° 1.330 bis. Carpeta 10

Señor D. Santiago Arcos

Buenos Aires, septiembre 25 de 1869

Estimado amigo español

¿Qué hubo del Diputado a Cortés republicano? ¿Ha despertado Ud. de su sueño y encontrádose bajo la férula de un rey? Mucho me temo que desfallezca el visionario y se acuerde de su amigo el Presidente que nunca se hizo ilusiones sobre la libertad, la república y la democracia, trabajando sin embargo, sólo porque está persuadido de que la obra es larga, sino imposible. Sentiría que no hubiese Ud. leído un artículo del *Espectator* de Londres sobre el Mensaje más notable *uttered by*, el nombre más notable en las circunstancias más notables de un Estado de la América del Sur. Hánlo reproducido los diarios más notables de Norteamérica, ya porque me conocen y estiman, ya porque les sorprendía ver a un tirano, un régulo sudamericano luchando con los pueblos republicanos para hacerlos si puede (¡no lo conseguirá!) libres.

Llevo un año de gobierno y dígole a Ud. con verdad que con aprobación de todo lo que es *ventre* en la sociedad, aplausos de pocos, satisfacción de muchos, y reprobación de cuanto hay de tradicional, ignorante, francés y pobre de ideas, Mitre a la cabeza. Este Proteo del pueblo es hoy anarquista, porteñista, separatista, etc. Todo lo que pueda crearle un círculo en esta sociedad donde Ud. recuerda el dicho de Tejedor "ni se pierden ni se ganan reputaciones". Lo tengo de frente con la *Nación Argentina* redactada por aquel

Gutiérrez que por celos hubo de hacerlo asesinar a Ud. y con todo lo que él mismo combatió como presidente.

Su primer ataque fue sobre unos pícaros entrerrianos que se sublevaron, y él creyó que debía excitar la simpatía que con los criminales (¡circunstancias atenuantes del jurado!), tiene nuestra católica raza. Su segunda fue defender a un salteador, su tercera campaña, oponerse a un contrato de puerto que se necesita hace tres siglos en Bs. As. Hasta aquí todas sus discusiones, sus proclamas se estrellan contra la roca del viejo Vélez, mi Ministro, que le dice sin encono “eso que dice es obra de sus pasiones y no de sus estudios”. Sin embargo, él es, o se cree el caudillo de Bs. As., este *mito* que no significa nada y gobierna la república con cuatro explotadores como Mitre y Cía., tanto más peligrosos como más se parecen a sus representados.

Ya he dicho a Ud. más de lo que corresponde a S. Exa. el presidente de una república sudamericana, para provocar a un Diputado desechado de la España libre a abrir un poco los arcanos de su política y comunicar sus impresiones.

La guerra del Paraguay concluye por la simple razón *horresco referens*, que hemos muerto a todos los paraguayos de diez años arriba.

Téngame al corriente de su situación, esperanzas y desencantos, y mande a su amigo.

Obras Completas de D. F. Sarmiento. Tomo L, pág. 260, Marquez Zaragoza y Cia, Buenos Aires, 1902.

París, 16 de julio de 1870

Mi querido Sarmiento

Para saber y contar y contar para saber. Pan y harina para las monjas Agustinas, harina y pan para las monjas de San Juan.

Erase una Reina y un Rey ambos muy brutos. La Reina tenía y tiene aún, aspecto e instintos de Maritornes y el Rey tenía y tiene aspecto e instintos de maricón. Ambos desgobernaban un rincón del mundo que por el aspecto de la tierra y los instintos de sus habitantes puede llamarse el África de Europa.

Fueron tantos y tan escandalosos los desaciertos que, aunque españoles, sus súbditos se cansaron y los echaron fuera de fronteras. Esta desavenencia puramente doméstica ninguna consecuencia hubiera traído si dicha Reina no hubiese tenido un hijo adulterino llamado el príncipe D. Alfonso que por ser hijo de un oficial de Ingenieros de la Reina Maritornes y reconocido como hijo propio (mediante una fuerte propina) por el Rey Maricón era el heredero legítimo de la corona de Pelayo y Carlos IV.

Pero el tal príncipe debía causar males sin cuento, sobre todo porque lo había bendecido un brujo muy dañino llamado Pio Nono, que mataba cuanto tocaba.

Reinaba en ese entonces en las vecinas tierras de Francia, un emperador o sea un Napoleón que fue travieso cuando niño. Audaz y enérgico cuando hombre pero que la vejez había entontecido. Este Napoleón tenía por esposa una mujer bonita pero de tan estrecho entendimiento como su frente era estrecha.

Los Reyes destronados fueron recibidos con mucha cortesía por los emperadores entronizados y el príncipe Alfonso se hizo muy amiguito del príncipe imperial de Francia.

Jugaban ambos niños, ambos niños iban al mismo palco a ver comedias y carreras y los papases y mamases miraban con ojos húmedos por el amor paterno ambas criaturas.

Esta importantísima consideración contribuyó exclusivamente a que los emperadores entronizados decidiesen poner sobre el trono de España al destronado, o más bien tronado, príncipe de Asturias.

Pero esto de entronizar príncipes no es soplar y hacer limetas, pues es tal la desmoralización de los pueblos en nuestro pícaro siglo, que hay algunos (aunque muy poquitos) que se creen con el derecho de intervenir en aquello que les viene y les va. Hubieron pues de hacerse las cosas con mucha pasma y después de sabias reflexiones. Así, cuando los españoles quisieron establecer un gobierno mitad árabe y mitad suizo, tal cual les convenía, los franceses con mucha cortesía se opusieron a ello diciendo que era sumamente imprudente dejarse llevar por la razón en materias de gobierno, pues todo buen gobierno debe tener algo de absurdo para tener las necesarias condiciones de estabilidad.

Convencidos los españoles por estas razones se echaron los pobres a buscar rey como las razas de antaño. Mientras no lo encontraron, los gobernantes de Francia no se apuraron, pero sale de repente un príncipe alemán que acepta el hispano solio y aquí fue Troya. Se enoja don Napoleón, ve que su principito de Asturias quedaría sin corona y su hijo sin amiguito coronado y hoy 16 de julio de 1870 va a principiarse una matanza por mayor de una infinidad de infelices que tanto tienen que ver con las coronas como yo con la carabina de Ambrosio. Testarudo es el prusiano, impetuoso el francés y ambos muy brutos puesto que se van a destrozar sin ton ni son porque el príncipe francés vea a su amiguito rey de España y sobre todo porque D. Guillermo quiere mandar en su casa y en la ajena y don Napoleón en la ajena y en la propia y los franceses trabajan con gusto por remachar sus cadenas y los prusianos hacen otro tanto. Decididamente, presidente amigo, esta Europa merece el colérico desprecio que inspira el desgraciado cuando es necio.

No sé cómo le habrá contado a Ud. el cuento el señor don M. Balcarce y su secretario Guerrico, pero la verdad es este cuento de brujas que yo le cuento y que sirve de encabezamiento a una carta de recomendación que debe darle a

un muchacho muy simpático llamado Gastón Nogués, portador de la presente. Todo lo que para él le pido es que lo convide Ud. a comer un día que tenga Ud. unos cuantos amigos a su mesa y que hable Ud. unos diez minutos con él. Ya sabrá hacerse Gastón Nogués amigos de los que con él coman y que le serán en sus aspiraciones mercantiles más útiles que el Presidente, puesto que un Presidente para ser bueno debe ante todo ser útil para con sus amigos.

Hombre, esta última sentencia es errónea, puede Ud. serme útil, en las últimas discusiones no he podido ir a las Cámaras. ¿No podría Ud. nombrarme, algo como pegado o agregado o amarrado a la legación de París? Sin el más mínimo sueldo se entiende y sin la más mínima obligación de trabajar. Con esto podría ir yo a la tribuna diplomática y podría seguir contándole el desenlace de mi cuento de brujas que bien podría pasar en la República, si como espero en Dios reciben los gabachos la más cabal paliza.

Señor Presidente, impetro por tanto un nombramiento sin sueldo y con éstas me despido. Si no fuese por mi hijo Santiaguito que quiere ser pintor, quizá me iría a acabar mis días por esas marcas, pero la paternidad me tiene aquí clavado y aquí me quedo para lo que Vucencia guste mandar.

Memorias al Dr. Vélez, a D. Bartolo y mi buen amigo Paunero y Ud. ya sabe que lo quiere bien de veras su compañero.

Santiago Arcos

M.H.S. N° 1.331 bis Carpeta 10

Chateau de la Grave, 6 de octubre de 1870

Mi querido Sarmiento

Déme Ud. un cuarto de hora y lea con paciencia y mucha atención esta larga carta pues hablo "Pro Patria".

En 1847, a principios de octubre, pasé la cordillera, casi cerrada, y llegué a Mendoza con ánimo de explorar los campos en donde habían guerreado los Pincheiras. Algo sabe Ud. de mi correría pues creo recordar que antes de publicar en la Revista de Santiago mis "Cuentos de tierra adentro", leyó Ud. el manuscrito; pero siendo probable haya Ud. olvidado las apreciaciones que formó entonces su ex compañero de viaje, le recordaré: que conseguí fácilmente me diesen en Mendoza como baqueano a un teniente Seguel, lenguaraz y muy conocedor de los campos del sur, y que salí con él y tres peones para esas tierras ignotas.

Vademos el río de Mendoza, en Luján, no recuerdo donde el Tunuyán y dejando el fuerte de San Carlos a mano izquierda seguimos faldeando la cordillera y siempre rumbo al sur pasamos el Diamante en el Paso de

Urrutia, dejamos a mano derecha el Cerro de los Buitres, pasamos el Atuel. La sequía del Atuel y a unas 26 leguas sur del Paso de Urrutia, con la caballada ya en mal estado, acampamos cuatro o cinco días en el manantial de los Chacayes porque allí encontramos agua muy buena y buenos pastos. Durante nuestro descanso en el Manantial de los Chacayes fui con Seguel a tirar patos en las ciénagas de Malargüe, los peones tomaban cuantos quirquinchos necesitábamos y confieso que conservo el más grato recuerdo de esos días pasados a lo Robinson Crusoe.

Del Manantial de los Chacayes fui con mi gente al Paso de Yancanelo con ánimo de cruzar allí el río Colorado; pasamos fácilmente, con el agua al estribo, el Pichichacay y Buta Chacay con alguna dificultad y mojando los pellones, el río Malargüe pero no nos fue posible vadear el río Colorado. Seguel creyó poderlo pasar más arriba y volviendo hacia Malargüe entramos en los terrenos ásperos de cordillera y después de una marcha penosísima llegamos rumbo al sureste a las lomas de Bella Vista que dominan el río Colorado.

En Bella Vista encontramos una pequeña tribu de indios, unos treinta o cuarenta que vivían bajo sus toldos de cuero y que esperaban la baja del río para poderlo vadear. Felizmente Seguel era amigo del cacique y allí pasamos otra semana boleando guanacos y comiendo corderos y quirquinchos. Lejos de disminuir, el río crecía todos los días, y bien a pesar mío tuve que regresar a Mendoza sin haber llegado a los *Piñales* a donde debíamos llegar después de seis días de marcha, según los cálculos de Seguel, pero según lo que me decía el cacique no hubiésemos llegado ni en veinte días más de mucho caminar.

Cuando hice este viaje (hace ya veintitrés años) las últimas habitaciones que encontré fueron unos cuantos ranchos al norte de Diamante, en un lugar llamado Chilecito. Del Diamante al sur, ni un alma, ni un árbol, hasta Bella Vista en donde topamos con los indios, felizmente indios amigos.

Todos estos campos se parecen mucho a la parte no cultivada de la provincia de Mendoza, más jarilla que pasto, más pajonal que gramilla, y terrenos salitrosos a orillas de la laguna de Malargüe como allá cerca de las lagunas de Guanacache, como campos de pastoreo, estas faldas de la cordillera, son muy inferiores a los campos del sur de Buenos Aires o a los de Entre Ríos y Corrientes, pero creo, que utilizando las aguas del río Malargüe y las de los dos Chacayes, se podrían formar en esos apartados desiertos, potreros de alfalfa como en San Juan y Mendoza y creo que el capital invertido en esa clase de trabajos encontraría un rédito crecido y seguro siempre y cuando el capital fuese bastante para labrar los potreros sin esperar una ganancia inmediata, pues tan lejos de toda población, los alfalfares allí no tendrían valor alguno y sólo aprovecharían al ganado que el dueño del terreno pudiese poner en engorda en sus propios alfalfares. Pudiendo esperar, y como dice Yago a Roderico "with plenty of money in your purse" en ese desierto hoy tan lóbrego crecerían lentamente los árboles frutales y rápidamente los álamos que pronto darían lo que hace más falta. La madera, esa materia primera de toda civilización y tras la cual corría yo en 1847 cuando quería llegar a los Piñales. Teniendo alamedas y potreros podríamos llevar fácilmente a esos desiertos, población que no tardaría en enriquecerse y dar valor a esa tierra por la cual

quiero pagar poco, pero que en la actualidad no vale más y que sin un trabajo previsor, puede seguir años y años sin adquirir valor alguno, especialmente en un pago que se civilizará al norte porque los ferrocarriles toman ese rumbo. El sur quedará bárbaro, si nada se hace por llevar allí población. Si no facilitan ustedes de todos modos las especulaciones de los que quieren como yo ocuparse de esa parte de la república.

Quizá le parezca a Ud. este pensamiento muy extraño en un hombre viejo ya, y que después de muchos sin sabores, se encuentra por fin con fortuna, avecindado en Francia, con buenos amigos en Londres, París y Madrid, gozando de esa posición envidiada por la mayor parte de los europeos americanos o americanos europeos que por alcanzar esto que yo ahora tengo se afanan y que no me satisface. Para que lo extrañe Ud. menos, contaré a Ud. en pocas palabras lo que ha motivado mi deseo de volver a las pampas y cordilleras y que podríamos llamar, mi conversión en estos tiempos en que Renán ha dado popularidad a San Pablo.

A fines de julio próximo pasado regresó a París mi hijo Santiago de Inglaterra, adonde acababa de pasar un año. Deseoso de darle buenas vacaciones después de tan larga encerrona en un colegio inglés me vine con él a los Pirineos y tanto por recordar pasados tiempos como para darle una idea de cómo se viaja en América en vez de tomar coche y recorrer la tierra siguiendo el Camino Real, alquilé caballos, busqué baqueano de todas las sendas y atajos y nos largamos por caminos extraviados por esas montañas del Pirineo. Visitamos le Pic du Midi, los nevados de Vignebrale, le Cirque de Gavarnie, recorriendo las cumbres y valles de Luchon Bigoise, Barreges, S. Sauverne, Eaux Bonnes y Panticosa, que se encuentra en tierra de España.

Durante esta larga peregrinación pude conversar con los pastores y pobladores de las aldeas perdidas durante seis meses entre nieves y comparaba estas asperezas tan pobladas, tan ricas en ganados y caseríos con nuestros Andes tan grandes pero tan pobres y tan desiertos. Esos andes del sur de Mendoza, cuyos valles ofrecerían muchos más recursos que las estrechas quebradas en que Vascos y Bearnesees se hacen ricos trabajando y economizando durante dos o tres generaciones. La plaine de Tarbes, Argeles y Montrejana que mantienen más hombres y ganados que las provincias de San Juan y Mendoza juntas no valen la tasa de Malargüe y las caídas de Yancanelo; y pensando en esto que acabo de ver y en aquello que visité hace veintitrés años, he llegado a persuadirme que si pudiese contar con su cooperación, podríamos hacer entre los dos algo bueno en esos campos tan lóbregos del sur de Mendoza. Podríamos llevar allí una población sana, robusta, trabajadora y económica, acostumbrada a la clase de cultivo y a los trabajos que allí convienen. Ni Vascos ni Bearnesees son franceses como la gente de París o Burdeos. Las cordilleras no los espantarían. Pudiéramos crear alfalfares en Malargüe en donde los ganados encontrarían pastos durante los meses en que las nieves inutilizarían los pastos naturales de la cordillera. En una palabra para no alargar demasiado esta ya larga carta quisiera hacer Argeles en los Chacayes, Tarbes en Malargüe y Montrejana en Yancanelo. Para realizar este sueño, sólo pido que el gobierno de Mendoza no venda los terrenos que denunció en el sur, dándome facilidades para el pago.

En mi solicitud (no sé a quién dirigirla por lo que dejo en blanco la primera línea que Ud. llenará) verá Ud. cuáles son mis pretensiones.

Claro es que como presidente nada puede Ud. hacer directamente por mí: pero si al pie de mi solicitud informa fulano de tal diciendo “Es conveniente se acepten las propuestas formuladas por don Santiago Arcos”. El precio que ofrece es equitativo y aunque fuese menos, el Estado en transacciones de esta naturaleza debe tener miras más elevadas. Don Santiago Arcos por su propio interés debe dar el mayor impulso y seguridad posible a sus establecimientos y estos establecimientos darán precisamente valor a los inmensos terrenos que posee el Estado al norte de los Chacayes, en todo el curso de los ríos Diamante y Atuel, y los establecimientos que allí se formen no tardarían en convertirse en núcleos de poblaciones de inmensa importancia, pues sólo las poblaciones formadas en el Alto Río Colorado, tendrán interés en navegar este río para exportar sus productos agrícolas y es inútil observar que la navegación del Colorado es el modo más eficaz de dar seguridad a los campos amenazados hoy por la indiada. Las provincias de Mendoza, San Luis, Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires, por el sólo hecho de navegarse el Colorado, doblarían sus campos de pastoreo. Aunque sólo se tomase en consideración este último resultado, el gobierno debería fomentar y facilitar las especulaciones que se dediquen a la explotación de nuestros campos del sur oeste.

Fortificada mi petición por media docena de informes por este estilo el gobernador de Mendoza, previamente autorizado por la legislatura provincial, para efectuar la venta diría: “Como se pide: preséntese el interesado para practicar la mensura”. El gobierno provincial mandaría el expediente al gobierno nacional y previa autorización del Congreso, Ud. le pondría la última mano y podría mandar el expediente a Balcarce.

Teniendo en la maleta un documento de esta clase, atravieso otra vez el Charco y si no, no. Y creo que no pasarán seis años sin que los trigos de Malargüe lleguen a Bahía Blanca y las vacas engordadas en Malargüe a Talca. Esto como resultado material. Como resultado moral habría en Malargüe gente abonada al *Times*, al *Illustrate London News*, a la *Revue des Deux Mondes*, et a *l'Artiste* y quizá en esas soledades unos cuantos ex elegantes, semi arruinados por la caída del Imperio, pero que aún tienen algunos billetes de mil francos y que algo desengañados están entusiasmados con la idea de ir a vivir lejos de la civilización europea o más bien parisiense.

Haga Ud. esto por los Andes del sur, por su amigo e incorregible aventurero a quien los laureles de Brigham Young gustan el sueño, y que no quiere que el yankee que hizo Salt Lake deje de tener su competidor en Malargüe.

Santiago de Arcos
36 avenue de Friedland
París

Chateau de la Grave, 6 de octubre de 1870

Exmo. Sor.

Santiago Arcos, actualmente vecindado en París (Francia) como mejor en derecho haya lugar, y con el mayor respeto se presenta y dice:

Que deseando formar en el sur de la provincia de Mendoza, establecimientos para la cría y engorda de ganados mayores y menores, así como para trabajar esas tierras, hoy baldías y llevar allí pobladores en suficiente número para poner dichos establecimientos a cubierto de las indiadas que suelen visitar esos campos ofrece:

Comprar los terrenos comprendidos entre los límites que a continuación designa:

Por el Norte: una línea que partiendo del manantial de los Chacayes fuese a buscar los nacimientos del río Colorado en la Cordillera Grande.

Por el Naciente: una línea que partiendo del mismo manantial de los Chacayes, fuese a buscar el punto donde el arroyo Pichi Chacay entra en la Laguna de Malargüe, desde este punto la margen occidental de dicha laguna hasta el punto en donde recibe el río Malargüe, y desde este último punto una línea que atravesando dicho río iría a buscar el paso de Yancanelo sobre el río Colorado.

Por el Sur: el curso del río Colorado.

Por el Poniente: el curso de dicho río Colorado hasta encontrar el punto ya mencionado donde remataría la línea que vendría del manantial de los Chacayes a buscar los nacimientos del río Colorado.

La compra de estos terrenos se verificaría del modo y bajo las condiciones siguientes:

Los terrenos que pueden regarse con las aguas del Pichi Chacay, del Bula Chacay, Malargüe y río Colorado, se pagarían a razón de quinientos pesos plata (pesos quinientos) por cada legua cuadrada.

Los terrenos de cordillera que no pueden regarse, ya sea porque los arroyos o ríos estén demasiado encajonados, ya porque fuese necesario abrir nuevos cauces a los arroyos para utilizar sus aguas se pagarían a razón de cincuenta pesos plata (pesos cincuenta) por cada legua cuadrada.

Para determinar de una manera que haga fe el área de los terrenos de regadío, así como la superficie de los terrenos de cordillera contenidos entre los límites ya dichos. Si el Gobierno acepta los precios ofrecidos el que suscribe practicará una mensura de dichos campos, adjuntándose un agrimensor nombrado al efecto por el Estado, que dará fe de la exactitud del plano que se levante debiendo dicho plano servir de base al contrato de venta. Los gastos que esta mensura ocasione serán partibles por mitad: una mitad será pagada por el Estado, la otra mitad por el comprador.

En consideración que al retirarse a una región tan apartada el que solicita la propiedad de estos terrenos hace un servicio al Estado, llevando 40 leguas al sur del fuerte de San Rafael la frontera sur de la provincia de Mendoza, y contribuye por la población de los campos de Malargüe a aumentar el valor de los campos baldíos del Diamante y del Atuel.

Se cree con derecho de pedir se le conceda el título de propiedad en el acto de presentarse los cuadernos y plano de mensura dándole además para efectuar el pago, los plazos siguientes:

El total importe que tuviese que pagar por los terrenos, una vez determinada su área por la mensura, se dividirá en siete partes iguales que serán exigibles en siete plazos. El primer plazo será exigible al principiar el cuarto año después que se haya entregado al solicitante el título de propiedad y puesto en posesión del terreno; el segundo plazo, al principiar el quinto año, el tercer plazo al principiar el sexto año, y así de los demás de manera que la totalidad del área mensurada quede pagada al principiar el décimo año.

Al efectuar cada pago se marcará en el plano de mensura y se levantará acta del área de terreno adquirido por el pago efectuado, para el caso que si por causas imprevistas, no pudiese el comprador verificar el pago de uno de los plazos estipulados, los terrenos por los cuales hubiese pagado queden de su legítima propiedad y vuelvan a poder del Estado los terrenos por los cuales hubiese dejado de pagar, todo lo cual quedaría atestiguado en el acta que en este caso se levantaría al efecto.

El que suscribe para mejor inteligencia de la presente solicitud, adjunta un plano (N° 1) que indica aproximativamente la posición geográfica de los terrenos que denuncia, y otro (N° 2) que indica aproximativamente la superficie de los terrenos de regadío y de cordillera que denuncia. Para la delineación de ambos planos el que suscribe sólo ha podido valerse de sus recuerdos personales después de una ausencia de veintitrés años y las inexactitudes o errores que puedan resultar al comparar estos planos con los que se formen después de una mensura definitiva, no podrán en ningún caso servir como motivo para invalidar las resoluciones que puedan recaer sobre la presente solicitud.

Es Gracia
Exmo Sr.

Santiago Arcos

36 Avenue Friedland- París. Francia
M.H.S. N° 1.331 Carpeta N° 10

Londres, 15 de julio de 1871

Mi querido Sarmiento

Mucho le agradezco su carta del 29 de mayo que ayer llegó a mis manos, así como el interés que me demuestra Ud. al hablarme como lo hace. Pero Sr. Exmo. no estamos conformes.

Yo *no* me quedo atónito al mirarle en su sillón de presidente. Está Ud. haciendo lo que me ha dicho siempre que haría, y no puede Ud. quejarse, pues pocos hombres han podido realizar más y mejor sus propósitos.

Quería Ud. la república para su tierra. Quería Ud. acabar con el poder bárbaro e infecundo de los caudillos. Ud. los ha visto caer uno tras otro. Rosas en Caseros. Urquiza en Pavón. López allá en las selvas tropicales y el último entrerriano de la escuela de Artigas, qué sé yo dónde. Y ahora tiene Ud. la república en su tierra, esa fecunda república que puede *perseguirme* con sus ferrocarriles hasta Malargüe.

Quería Ud. servir la república, y en el año de gracia de 1871 es Ud. presidente, esto es el primer servidor, no se queje Ud. Vino la guerra de Entre Ríos y con Ud. o al menos bajo su administración triunfó la buena causa. Buenos Aires ha sufrido la fiebre amarilla que bajo un Rosas lo hubiera reducido al estado actual de Bahía Blanca pero con la república Buenos Aires aguanta y veo en los diarios ingleses que piensan Uds. gastar millones para cerrar sus puertas a tan desastrosas visitas, todo esto me dice que hace Ud. muy bien su papel de presidente constitucional, papel algo *tonto* en verdad pero ése es el papel del presidente constitucional. El papel de caudillo es mucho más brillante y por eso, el caudillo llega a ser más popular que el presidente. Pero Ud. es presidente para matar moralmente al caudillaje y el precedente que establece Ud. por su administración es la realización práctica de los sueños de la república que Ud. me enseñó a considerar con respeto, lo que a pesar de vivir en Europa no he olvidado.

El domingo pasado pasé dos horas con el ex emperador Napoleón III —al hombre *de orden* hubiese podido llamar utopista— pero a Ud. el hombre de la república no podría decirle otro tanto y por tanto digo que el porvenir pertenece a la república y que los pelucones de todos países son unos soñadores y utopistas de lo imposible.

Permítame Exmo. Presidente llamar su atención sobre otro error que encuentro en su carta del 29 de mayo. Califica Ud. de *Idilio poético* mi proyecto de adquirir las tierras de Malargüe; no es así.

La compra de Malargüe era 1° *un buen negocio*. Ofrecía por cada legua de terreno susceptible de regadío \$ 500 plata y 50 pesos plata por legua de terreno de cordillera, y con este pago no defraudaba al Estado pues pagaba el precio por el cual particulares han vendido propiedades mucho más cerca de Mendoza. El Estado hacía de todos modos un buen negocio vendiéndome esas

tierras y yo al comprar Malargüe hacía mejor negocio que comprando tierras en Entre Ríos, en el Chaco o en Misiones.

En esos lugares, la cría del ganado depende de las lluvias del cielo; un año de seca destruye el fruto de 7 años favorables; en Malargüe, no. Allí pueden formarse potreros de alfalfa —que aseguran en todo tiempo la mantención del ganado— y los potreros de alfalfa tal cual pueden formarse en Malargüe no pueden hacerse lejos de los Andes, porque allá en las tierras de Cuyo la pisada del animal no destruye la alfalfa, como sucede en el Chaco, Misiones o Entre Ríos. En el Melocotón, 12 leguas al sur de Mendoza, he visto potreros de 80 años en donde un riego bastaba, cuando vacas, caballos y ovejas habían talado el potrero hasta la raíz, para que volviese la alfalfa tan lozana y tupida como en un potrero recién sembrado. En Chile los potreros duran hasta diez años en buen estado, porque allí los terrenos son inferiores a los de Cuyo. En Entre Ríos o el Chaco un potrero de alfalfa, en que se echarían a engordar 6 animales por cuadra, no duraría un año. En Malargüe aunque se le echen diez animales por cuadra los potreros durarían un siglo. En ese lugar tan apartado yo hubiese encontrado fácil y seguro mercado para todo lo que hubiese podido criar, pues los chilenos hubiesen venido a comprar a Malargüe como van a comprar a Mendoza o a San Juan y en Malargüe hubiese podido vender a mejores precios que los que crían en el arroyo de los huesos o en el Mocoetá.

Ayudando el escaso pastoreo que el animal encuentra en los cerros, con el potrero, la crianza de ganado deja de ser un negocio eventual para convertirse en negocio cuyos resultados pueden calcularse de antemano; además con sólo salir y entrar, aunque sólo sea dos días en el mes, en los potreros los animales se amansan, se ven más y se asegura la parición de vacas, yeguas y ovejas.

En cuanto a los peligros de robos por lo indios ranqueles, ríase Ud. de ello Exmo. Sr., que si los indios roban es porque los señores hacendados se dejan robar. Los señores hacendados gustan tener rodeos de 6.000 cabezas, pero no les gusta pagar a más de cuatro peones para guardar 6.000 animales.

Dicen que es locura gastar dinero en corrales, en zanjear, en tener siquiera un escopetero por cada 300 cabezas porque son tan ineptos como mezquinos y miserables, y porque para guardar sus vacas *allí está el Gobierno* —pero ellos no hacen nada para guardarlos—. Mucho gritan contra los pobres gauchos, pero mayor razón tendrían los gauchos de gritar contra los hacendados. Se queja un propietario de 10.000 cabezas que el gaucho sea tan indio como un muluche, pero se le hace cuesta arriba gastar 80 duros para construir la casa que civilizaría al gaucho.

Yo no hubiese seguido ese sistema en Malargüe, hubiese gastado más y ganado más, con que Sr. Presidente un *idilio* suele parar en desastre, pero un buen negocio suele parar en *Idilio*, ganando y dejando ganar es como se hace Argeles. Pero no hablemos más de ello, tienen ustedes ocasión de utilizar las tierras de Malargüe para facilitar la construcción de un camino de fierro. Locura sería vender a un particular esos terrenos exponiéndose por una venta a entorpecer la operación que mayores frutos puede dar a esa parte del país y por tanto no insisto en querer adquirir Malargüe.

Si hubiese recibido su contestación una semana antes no hubiese escrito al Dr. Vélez, a quien diré Ud. de mi parte que considere como no llegada la carta mía que le remitió Balcarce por el último correo. Siento mucho que se evapore mi *Idilio* tan estudiado pero comprendo que la *posibilidad* de un camino de fierro, vale más que la *seguridad* de un establecimiento por bueno que fuese en el sur de Mendoza.

Dispense Ud. tanta charla, pero ésa su palabra *Idilio* me ofendió como acusación de *senilidad pueril* y he tratado de defenderme.

Me quedan otros puntos de su carta por contestar y voy a hacerlo. Mientras guerreaban en Francia aproveché para llevar mi hijo a Italia. La visité toda y bien, en Roma permanecí tres meses pero tuve la debilidad de ir a ver a Pio Nono, que me echó la bendición el día antes de salir para Egipto y Tierra Santa. Y como el Papa es *jettatore*, entre Roma y Nápoles me quebré una pierna y tuve que renunciar a mi viaje a Oriente. Ya estoy casi bueno y puedo andar sin muletas. Respecto a prusianos y franceses, pensamos del mismo modo. Hace 30 años que los alemanes se educan para saber pensar y hace 50 que los franceses están acostumbrados a que otros piensen por ellos. Principiada la contienda el resultado no me ha sorprendido y si admiro mucho a los alemanes y a sus jefes militares no admiro tanto como la generalidad de la gente al conde de Bismark.

El Canciller del Imperio no ha sabido pararse a tiempo. Si hubiese tratado en Ferrieres la Alemania sería más fuerte sin la Alsacia ni la Lorena. Pero el conde prusiano ha humillado, empobrecido y envilecido a tal punto la Francia, que temo tengamos una guerra nueva en que los prusianos vencerán sin gloria y alarmarán a todo el mundo, pero eso no será lo peor para la Prusia, sino que los alemanes principiarán a creer que vivían más felices cuando vencían menos y el imperio alemán se deshará solito, en lo que nadie perderá nada. En cuanto a la Francia, como se lo escribí a Ud. desde Burdeos, la *petit presse* ha convertido, *la fausse grande nation*, en una verdadera *petit nation* y quiera Dios que jamás los franceses vuelvan a tener el influjo que tuvieron en los primeros años del Imperio.

No se quién pudo decir a Ud. que yo simpatizaba con los *Insurgés* de París. Sea quien fuere tenía razón.

La idea comunalista es la descentralización. Es generalizar la vida moral que sólo existe en París en donde el gobierno de Napoleón o Thiers la centralizan para dominarla. La idea comunalista hace imposibles las revoluciones principiadas y concluidas en tres días. Los golpes de Estado, que sólo tienen éxito cuando una sola ciudad piensa. Desgraciadamente los comunalistas franceses no supieron usar las armas que tenían entre manos. Los muy pocos que sabían lo que querían se *dejaron dominar* por una chusma estúpida que se empeñó en imitar 93. La más estúpida de las revoluciones. En los últimos días decapitaron con sus matanzas mezquinas y sus inútiles incendios, la única forma administrativa que hubiese podido salvar la Francia, o más bien volver la vida al Lázaro que Napoleón dejó muerto y nadie podrá salvar, pero ya van 4

carillas y estará Ud. más cansado de leerme que yo de escribirle. Creo poder decirle a Ud. hasta luego, pues a veces tengo ganas de ir a darle un vistazo a esa tierra, pero se me hace cuesta arriba ir allá sin objeto puesto que ya no puedo comprar las tierras de Malargüe.

Su amigo

Santiago Arcos

Cuando quiera Ud. escribirme para que las cartas lleguen pronto y seguramente, ponga Ud. "care of Mr. Baring Brothers, London".
M.H.S. N° 1.332 Carpeta 10

Burdeos, 3 de noviembre

Mi querido Sarmiento

Hace hoy ocho días puse su nombre en una lista que me pidieron para mandar las esquelas de luto. No debe Ud. haber recibido nada pues recién hoy me dicen que debo hacer una nueva lista para las esquelas que deben mandarse fuera de Francia. He dicho que no las manden y me siento a escribirle. Ud. no puede imaginar lo que he perdido. La pobre Nina era mi querida, mi mujer, mi hija. La pobrecita tenía recién veinticuatro años cuando murió, era la madre más cariñosa de mi hijo, era mi consuelo y mi orgullo, mi actividad, mi vida. Con ella se ha ido todo eso, y ahora no sé lo que haré, sin ambición, sin deseos. Sigo aquí educando a mi hijo que es el único compañero que me queda.

Si Bossi a quien mando esta carta puede entregársela él le dirá que todos hemos perdido algo con la muerte de mi buen ángel. Yo, Santiaguito, Ud., él, todos los que la conocieron y todos a quienes ella hubiese conocido.

Adiós, mi buen amigo, es dura la vida cuando desaparecen las afecciones y los deberes que hay que cumplir. Adiós.

Si Ud. me escribe, dirija su carta a Burdeos 49 cours de Tourny

Su amigo

Santiago Arcos

M.H.S. N| 1.333 Carpeta 10

París, septiembre 10 de 1874

Mi bueno y muy querido amigo viejo

No puede Ud. imaginar con cuánto gusto miré esas pocas palabras escritas al pie del plano del parque central de Palermo.

Esas letras tan claras, tan honradas, que pintan tan bien a mi Sarmiento de siempre, me enternecieron recordándome tiempos que ya no volverán para mí: pues hoy, al contestar sus dos renglones, creo que le escribo mi despedida.

Estoy muy enfermo, tengo pocas probabilidades y pocas ganas de sanar. Emprenderé mi viaje largo sin inquietud.

Mi hijo, educado ya, parece hombre de juicio y provecho. Queda en posición excepcionalmente buena, muy bien relacionado aquí. Tiene como pintor bastante mérito para que sus estudios artísticos le sirvan de ocupación y para que giren sus ambiciones en un buen círculo. Por otra parte queda con una fortuna considerable. Y sin zozobras por los que quiero, me marcharé sin pena, puesto que la salud nunca vuelve por completo a los que sufren de una afección cancerosa.

Gracias querido Sarmiento por su recuerdo. Nunca he recibido regalo que más me halague. Voy a dar su autógrafo a Santiago para que lo guarde como mi mejor condecoración.

Dios dé a Ud. salud firme para que pueda Ud. ver desarrollarse su obra. ¿Sabe Ud. lo que yo llamo su obra? Voy a contárselo. Hace un mes hablaba, con un antiguo gobernador de Mauricio, del Río de la Plata y preguntándome el buen inglés ¿qué había hecho el presidente Sarmiento? Le contesté “ha hecho cien mil ciudadanos que a su vez harán quinientos mil”. Ya ve Ud. que yo también puedo firmarme su amigo inalterable.

Santiago Arcos

M.H.S. N° 1.333 bis Carpeta 10

Santiago Arcos

(Tribuna, 31 de octubre de 1874)

Dícese que por cartas se sabe que este desgraciado americano se ha suicidado en París. La que había dirigido al presidente, su amigo, y que se nos permite publicar, es del 10 de setiembre, de manera que ha debido ser la última quizá que escribió. En ella se despide de su viejo compañero de viajes y amigo, presintiendo, a causa del carácter de su enfermedad incurable, que está en camino de dejar este mundo.

¡Nada más triste ni más tierno que el contenido de esta carta! Una dedicación que el ex presidente le ponía al pie del plano del Parque de Palermo, había despertado, como de sobresalto, en su alma toda la afección que tuvo siempre por hombre que, con diverso carácter que el suyo, había conocido en la vida privada, en la comunidad de simpatías, privaciones y goces de los viajes; pues recorrieron juntos los Estados Unidos y los Estados de la costa del Pacífico, viviendo en la intimidad en Chile, no obstante militar en partidos opuestos, hasta reunirse en la República Argentina, en la que Arcos asistió a la batalla de Caseros.

Vendría mal recordar con motivo de haber puesto fin a sus días, la interminable historia de los incidentes chistosos que provocaba Arcos desde que despertaba por la mañana hasta que el sueño lo sorprendía riendo. Afectaba, como una manía de Rigoletto, una frivolidad y falta de sentimientos que contrastaban con sus hábitos estudiosos y el afecto entrañable llevado hasta el sacrificio, en favor de sus amigos y de sus hijos. Al que ha conservado y deja bien educado y rico, lo cargaba ya grandecito sobre sus hombros a horcadillas, por quince cuabras una vez, para ahorrarle la fatiga y con tan preciosa carga se entregaba a la irresistible propensión de su carácter de reír y ridiculizar todo lo que caía bajo el escalpelo de su fantasía cómica.

Una de las lecciones diarias, desempeñada por su parte con puntualidad, era contarle cuentos; y como el repertorio no era abundante, tenía que fraguarlos a vista y paciencia del neófito, que descubrió bien pronto la falsificación y a su turno llamaba a su padre y compañero a contarle cuentos inventados por el chicuelo. Entonces Arcos se sentaba en cuclillas a oír con la boca abierta las invenciones de aquella imaginación infantil, mostrando su terror, su alegría, sus simpatías o su odio contra el héroe del cuento inventado, ayudando al narrador, por debajo de cuerda, con alguna sugestión, cuando se enredaba en las cuartas y no sabía por dónde salir del atajo. Enrique IV no era padre más bonachón que el insensible Arcos.

Faltóle una patria para dar a su espíritu y a sus ideas pasto y campo de acción. Nacido en Chile, educado en Inglaterra, joven en España, residente en París, viajero en América, en todas partes siguiendo el movimiento político, con principios ultras, que modificó un poco en su contacto con el señor Sarmiento, liberal conservador siempre y adverso a las doctrinas que salen del camino trillado e histórico, nunca encontró donde hacer pie y radicar su acción, lo que es indispensable para la vida pública.

Era hijo y hermano de banqueros y a causa de su carácter romancesco y de sus ideas políticas, vivió en continuo desacuerdo con ellos y tenido casi en tutela en cuanto a gastos, por no preocuparse mucho del interés del dinero.

Alguna vez, lamentándose de ser tenido por el hijo pródigo de la casa, recordaba que había hecho venir a Chile a su padre y hermanos y dándoles con eso ocasión de acrecer la fortuna común. Después, hallándose en California, hizo ir a su hermano don Domingo, que realizó por algún tiempo un quince por ciento mensual sobre el capital de una casa de banco; y como de ordinario se le asignaba una pensión para entregarse a sus instintos de

movilidad de acción, protestaba que él, como los demás miembros de la familia, había contribuido a la prosperidad de los negocios.

Estos y otros contratiempos de su vida los recordaba sin amargura, haciendo objeto de broma la injusticia de que se creía víctima. Echándole en cara su padre, el viejo más positivo y esterlino que haya, su conducta revolucionaria en Chile (el banquero proveía fusiles): —¡Qué quiere usted, padre; tengo cojo el juicio!; y esto dicho con una cara de compunción que hacía volverse al otro lado al del sermón, por no soltar la risa ante penitente tan arrepentido.

Habría sido un escritor de viajes si hubiera llevado apuntes de sus correrías. Fue el primero en penetrar en el Paraguay, luego de la muerte del doctor Francia, encontrando a aquel pueblo secuestrado por espacio de medio siglo del contacto con el mundo. ¡Qué escena para un Livingston! Puede reducirse a una broma graciosísima, acaso inventada por él, la impresión que debía causarle un hombre que había estado en todas partes. “Con que, mi don Santiago —le decía un sabio de entonces, con asombro—, ¡ha estado usted en un Londres! —Sí, señor; y en un París. —Sí, señor; y en un Madrid y en un Buenos Aires. —Sí, señor. Todo río abajo. ¡Eh!...”

“Como no conocían entonces —añadía Arcos como comentario— más que el Río de la Plata, creían que Londres, París, Madrid, estaban a orillas del río, más abajo de Buenos Aires.”

Fue de los primeros en acudir a California, cuando el descubrimiento del oro atrajo la atención sobre aquellas comarcas. Acertó a encontrarse a bordo de un buque con un argentino, fanático admirador del señor Sarmiento, su amigo, y para dar curso a su espíritu travieso poníale todas las tachas imaginables al héroe, para hacer desesperar al entusiasta. Cuando ya no podían verse por el odio que tanta contradicción inspiraba y estaba agotado el asunto, lo llamó un día a que leyese ciertas cartas de la República Argentina, en que se hablaba de Sarmiento, y el otro, leyéndolas con desconfianza, temiendo un nuevo ataque, encontró que eran de puño y letra del que motivaba la discordia, dirigidas a su detractor Arcos y respirando los sentimientos de la más cordial amistad.

Lo que hay de singular en esta historia es que Arcos ha muerto pronunciando el nombre de su amigo, y aquel admirador entusiasta cambió más tarde de objeto de su culto y durante su presidencia halo contado entre sus más calurosos adversarios!

¡Pobre humanidad!

Emprendió Arcos su viaje al sur de Mendoza hasta el Río Grande, que es el Colorado en su embocadura, de que no ha dejado sino relaciones orales. Era ingeniero, dibujaba con soltura y gustaba de levantar cartas geográficas. Últimamente, hace tres años, emprendió con su hijito, en vía de recreación, un viaje por los Pirineos, a caballo ambos, como su viaje en América, gozando así de la ventaja de recorrer montañas escarpadas, visitar aldeas y caseríos recónditos y enseñar a su hijo a viajar sin el auxilio de diligencias y hoteles, que quitan a la excursión todo color local y a las fatigas el incentivo de la novedad.

Encontró en esta excursión gentes en extremo pobres y trabajadoras, ignorantes de todo lo que pasaba en las tierras bajas y como Don Quijote a los cabreros alrededor de la lumbre de pino resinoso, describíales las llanuras de la República Argentina, los ganados que en ellas pacían por millares y la facilidad con que los emigrantes adquirirían tierra y hacían rápidas fortunas. Era de opinión que debía el gobierno argentino abrir un camino a la emigración de estas familias trabajadoras, morales y sencillas, que luchan toda su vida con una naturaleza ingrata y un suelo rebelde para arrancarle una miserable subsistencia.

Los incidentes que siguieron a Cepeda estorbaron la realización de un viaje que tenía concertado con Sarmiento a las antiguas misiones jesuíticas colindantes con el Brasil, porque siempre sus viajes eran a los puntos poco franqueados, a los desiertos, entusiasmándolo las escenas solitarias de la naturaleza salvaje, las peripecias y peligros obviados en estas aventuras, y ya se concibe que el compañero de viaje se aprestaba a oír turbada la quietud de las selvas, con el buen reír del protagonista o algún chasco que le preparaba, para hacer menos tediosa la jornada.

Tenía una predilección especial por la República Argentina, adonde trajo su familia con ánimo de establecerse y siguiendo las aguas de sus amigos Sarmiento y Mitre. No le fue agradecida la tierra, y en su campaña al lado del general vencido en Cepeda tuvo ocasión de experimentar contrariedades y repulsiones injustas y que provocaba su misma consagración al servicio del país, y que dejaron tristes recuerdos en su ánimo. Hubo de ser víctima de un complot abominable, urdido por la envidia y la malquerencia.

Escribió en París y publicó a sus expensas, en grueso volumen, una historia de la República Argentina, de que han circulado pocos ejemplares aquí, y existirá acaso en poder del librero.

Nuestra vida política y nuestros partidillos personales hacen que la prensa se ocupe poco de lo que no conduce directamente a hacer gobernador a Fulano y presidente al mismo que fue presidente o vice y el público ignora cuanto en libros, en viajes y en descripciones interesa al país y contribuiría a su mejora.

Dícese que sinsabores domésticos y sociales han contribuido, tanto como su incurable enfermedad, a hacer desesperar de la vida, al hombre que había nacido con todas las dotes que pueden hacerla amena y agradable, sin escasearle los favores de la fortuna, los gustos literarios y artísticos y las conexiones más estrechas con toda clase de personas honorables y en alta posición, pues era conocido del emperador Napoleón III, sus viajes y su admirable familiaridad con el inglés y el francés, que hacía dudar a los nacionales a cuál de aquellas naciones pertenecía, lo ponían en frecuente contacto con viajeros, hombres de Estado y diplomáticos. Sabíase todas las historietas y *bon mots* que hacen reír a franceses, ingleses y españoles; había él atesorado en sus viajes por América una rica colección de ridiculeces y añadido otras de su propia invención y experiencia. Poseía la música como arte, a punto de acompañar a primera vista, durante quince días, a la prima donna Fortunata Tedesco a recorrer su inmenso repertorio, buscando las arias

más agradables o simpáticas al oído, y su afección por sus dos primeras esposas, muy dignas por cierto de ellas y el amor entrañable a su único hijo, habrían bastado para labrar la felicidad de cualquiera otro. ¡Cómo se enredan al fin los hilos de seda y oro de la trama de la vida, de manera que no haya otro remedio que cortarla y dejar su puesto en el mundo, y no tener otro epitafio que el recuerdo de un amigo antiguo, que penetró hasta el fondo de aquella alma impresionable, inquieta, ligera, burlesca y que puede dar testimonio sin embargo de que era la bondad personificada con la hidalguía y la generosidad del caballero, a más de los sentimientos del padre, de que su última carta da tan tierna e interesante muestra!

Dice así la carta:

París, setiembre 10 de 1874

Mi bueno y muy querido amigo viejo:

“No puede Ud. imaginar con cuánto gusto miré esas pocas palabras, escritas al pie del plano del Parque Central de Palermo.

“Esas letras tan claras, tan honradas que pintan tan bien a mi Sarmiento de siempre, me enternecieron, recordándome tiempos que ya no volverán para mí; pues hoy, al contestar sus dos renglones, creo que le escribo mi despedida.

“Estoy muy enfermo, tengo pocas probabilidades y pocas ganas de sanar. Empezaré mi viaje largo sin inquietud.

“Mi hijo educado ya —parece hombre de juicio y de provecho— queda en posición excepcionalmente buena, muy bien relacionado aquí —tiene como pintor bastante mérito, para que sus estudios artísticos le sirvan de ocupación— y para que giren sus ambiciones en un buen círculo y sin zozobras, por lo que quiero me marcharé sin pena, puesto que la salud nunca vuelve por completo a los que sufren de una afección cancerosa.

“Gracias, querido Sarmiento, por su recuerdo: nunca he recibido regalo que más me halague. Voy a dar su autógrafo a Santiago, para que lo guarde como mi mejor condecoración.

“Dios le dé a Ud. salud firme para que pueda ver desarrollarse su obra — ¿Sabe Ud. lo que yo llamo su obra? Voy a contárselo. Hace un mes que hablaba con un antiguo gobernador de Mauricio, sobre el Río de la Plata, y preguntándome el buen inglés ¿qué había hecho el presidente Sarmiento? Le contesté: —Ha hecho cien mil ciudadanos (las escuelas), que a su vez harán quinientos mil. Ya ve que yo también puedo firmarme su antiguo inalterable amigo.

Santiago Arcos”

Si era el canto del cisne, es a fe el más grato que se haya escapado de pecho humano al acercarse al borde de la tumba. Ni una queja, si hubo otras

concausas que lo precipitasen a más de la enfermedad. El trance que presente es otro viaje más largo que el de California o el del Paraguay, o el de regreso a la América con su viejo amigo, a quien estrecha la mano y agradece como Eloísa a Abelardo un renglón que por accidente viene a despertar afecciones y recuerdos gratos, que sirven de bálsamo a sus dolores físicos y acaso morales, y le dan ocasión de legar a su hijo esta amistad, y al amigo darle cuenta de que deja sus cosas en orden, puesto que su hijo queda establecido, con profesión, relaciones y fortuna. Acaso aquella esperanza de que con su arte giren las ambiciones de su hijo en un buen círculo, es un cargo que se hace a sí mismo de que las suyas no supieron concretarse, por el cosmopolitismo de su existencia.

De todos modos, fue feliz accidente el de aquellos renglones que tocaron la fibra de un pecho que va a dejar de latir luego, y le arrancaron armonías de un alma y un corazón sanos, ardiente el último para los afectos, recta la otra y tranquila para ver la tumba y poder echar atrás una mirada, que no ha visto sino un hijo feliz y un viejo amigo.

Acaso el joven pintor envíe al objeto de este recuerdo su retrato y entonces la imagen de Arcos, con su ceño casi airado, precisamente porque está a punto de reventar de risa, venga a consolar en la vejez a su amigo, a darle la misma tranquilidad de ánimo para emprender el viaje largo; y si no deja bien establecido hijo tan bien educado como el suyo es porque pagó un tributo carísimo a una patria que faltó a Arcos, si bien le quedan los *cien mil* que éste cuenta, y le serán tenidos en cuenta, por los errores y flaquezas de la vida.

Obras Completas de D. F. Sarmiento, Tomo XLV, págs. 324/331, *Necrologías*, Imprenta y Litografía "Mariano Moreno", Corrientes 829, Buenos Aires, 1900.

París, 24 de octubre de 1864

Mi apreciado general

Un señor habanero, don José L. Alfonso, hoy marqués de Montelo, me ha entregado un tomo de poesías que desea llegue a sus manos. El correo es el más puntual de los amigos, y es a quien lo confío para cumplir con los deseos del poeta.

Por aquí nos llegan muchas y muy intrincadas noticias del Plata dicen que los brasileros quieren ayudar a Flores. Dicen que Lopecito, el del Paraguay, desenvaina la tajante espada. Dicen que usted se está quieto. Dicen que hay alianza entre blancos de Montevideo, el pobre don Justo, Lopecitos y los federales. Dicen que brasileros y unitarios tendrán que unirse para poder resistir a tanto empuje. Dicen, etc., etc.

Yo no sé lo que saldrá de todo ello, pero como se lo escribí a usted en otra ocasión, Mitre, gobernador de Bs. As., era la unión de las catorce provincias y

Mitre, presidente de la República Argentina, debe ser la reincorporación del Paraguay. Yo no sé cómo lo hará usted, pero sé que usted debe hacerlo.

Ya que este señor Alfonso me ha puesto en la obligación de escribirle le daré noticias mías.

Vivo en París como el ratón en el queso; para ocuparme de algo, he escrito en francés, una cosa muy larga que he bautizado *La Plata, Étude historique* en que hablo de todo: de los Incas y de don Nuño Cabeza de Vaca, de los jesuitas, de los virreyes, de Saavedra y Pueyrredón y Moreno (y ya verá usted con qué descaro he robado en Belgrano) y de Artigas, Rosas, Quiroga, de Urquiza, de usted, de Francia de los López, etc. Mucho me temo que este *Étude historique* sea inferior a los chorizos y jamón que mandé a usted cuando me elevó a miembro del Instituto Histórico de Bs. As., pero ¿qué se puede hacer en París? Si hubiese permanecido en Junín, Payán y yo habríamos hecho queso, manteca, engordado chanchos, lo que es mejor que emporcar papel, pero he tenido mala suerte y nada bueno he podido hacer. Usted, mi querido amigo, incorpore al Paraguay, y nadie podrá decir otro tanto de usted. Para año nuevo le mandaré un ejemplar de mi libro.

Su amigo

Santiago Arcos

Por si tiene algo que ordenar, rue du Chateau-des-fleurs, número 1. París.

Correspondencia Literaria, Histórica y Política del general Bartolomé Mitre. Tomo II. Imprenta de Coni Hermanos. Buenos Aires, 1912, págs. 75 y 76.

Buenos Aires, mayo 20 de 1865

Señor D. Santiago Arcos

Mi querido amigo

Debo contestación a sus dos estimables del 24 de octubre del año pasado y 22 del presente, a la que venía adjunta una interesante memoria sobre indios y fronteras.

He estado esperando para contestarle que sus profecías tuviesen un comienzo de ejecución, y como esto ha sucedido, rompo mi silencio para decirle que ya no estoy quieto, que he vuelto a los galopes, las proclamas y la guerra, y que pronto espero escribirle una carta detallada desde la Asunción o si a usted le gusta más, desde las ruinas de Humaitá.

Los diarios le instruirán a usted de todo lo sucedido y de todo lo que vaya sucediendo. Por lo pronto, le digo todo con anunciarle que estoy en guerra con el Paraguay, que no dejaré las armas de la mano hasta derribar la dinastía López, que soy el generalísimo de mar y tierra de la triple alianza, realizada ya, y que habiendo levantado en peso a la República, incluso a nuestro amigo don Justo, dentro de quince días estaré sobre la frontera del Paraguay con un ejército de 25.000 argentinos, a que se reunirán 30.000 brasileros, que no sé si tendré paciencia de esperar a 5.000 orientales mandados por Flores, que no dudo lleguen a tiempo. Además el Brasil pone 25 buques de guerra y yo media docena.

Lo demás vendrá con el tiempo, pues garantimos la independencia del Paraguay por cinco años, siendo ésta una de las condiciones de la alianza, que parece haber tomado el olor de sus pronósticos.

Después de esto, sólo me falta que usted sea mi ingeniero en la campaña, para sacarme el plano de Humaitá, antes que desaparezca del haz de la tierra este Sebastopol de la China americana.

Según se cree generalmente, el Paraguay pondrá de 40 a 50.000 hombres, que en un país tiranizado es lo que corresponde (armando a todo el mundo y trabajando las mujeres en los campos) a una población de 500 a 600.000 almas, que es todo lo que puede tener el Paraguay, según lo demuestra claramente Moussy en su obra.

He leído con interés su libro y Delfina lo ha leído todo, de punta a cabo, incluso los capítulos del Paraguay, aunque resentida de que no se haya usted acordado de enviarle un ejemplar para ella.

Me trata usted en ese libro con la benevolencia y la discreción del amigo, haciéndome grande honor en parecer exagerado y haciendo resaltar con toques hábiles mi figura política y militar, por lo que le quedo profundamente agradecido.

Lo que he extrañado en su libro es que sea más original y más animado cuando habla de lo que no ha visto; y que no apele a sus recuerdos y a sus impresiones personales cuando narra los sucesos de que ha sido actor. Así veo que en la campaña de Cepeda, por ejemplo, en vez de decir lo que sabía, ha extractado gran parte de la relación del "Anuario de Ambos Mundos" cuando tenía usted en su memoria materiales más ricos, más exactos y más llenos de novedad y verdad.

Este libro suyo no tendrá el privilegio del de la "Contribución y la recaudación", que le publiqué en Chile, que no tuvo más lector que yo, que corregí las pruebas. Ha sido leído por muchos y con placer, y en prueba de ello, yo le digo que hasta mi mujer lo ha leído.

Lo felicito por su enlace, que espero lo colmará de la felicidad que usted merece. Póngame usted a los pies de su señora, rogándole me cuente en el número de sus admiradores y de sus amigos, aunque sin tener el honor de

conocerla, sino por la elección que usted ha hecho de ella, lo que me da una idea de su mérito y de sus calidades.

Retribuyo su atención, dando a usted parte que mi hija Delfina realizó su enlace con nuestro amigo don Agustín Drago, con quien espero sea muy feliz.

Bartolomé Mitre

Archivo del Gral. Mitre. Correspondencia literaria. Años 1859-1881. Tomo XXI. Buenos Aires, Biblioteca de *La Nación*. 1912, págs. 154 a 156.

Índice

- 1861, enero 10. Chivilcoy. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 1862, febrero 12. París. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 1862, agosto 22. París. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 1863, abril 23. París. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 1863, agosto 7. Biarritz. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 1864, enero 8. París. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 1864, enero 23. París. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 1864, junio 15. París. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 1864, agosto 17. Badén Badén. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 1864, octubre 18. París. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 1865, enero 18. París. *De la madre de Santiago Arcos, participando el enlace de su hijo*
 1865, junio 16. París. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 1865, septiembre 24. Burdeos. *De Santiago Arcos a Bartolomé Mitre*
 1865, octubre 20. Burdeos. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 1866, febrero 1º. Burdeos. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 1866, agosto 20. Burdeos. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 1867, junio 30. Burdeos. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 1868, junio 31 (sic). París. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 1868, diciembre 8. Madrid. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 1869, septiembre 25. Buenos Aires. *De Domingo F. Sarmiento a Santiago Arcos*
 1870, julio 16. París. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 1870, octubre 6. Chateau de la Grave. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 1870, octubre 6. Chateau de la Grave. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 1871, julio 15. Londres. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 Noviembre 3. Burdeos. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 1874, septiembre 10. París. *De Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento*
 1874, octubre 31. *Necrológica hecha por Domingo F. Sarmiento*
 1864, octubre 24. París. *De Santiago Arcos a Bartolomé Mitre*
 1865, mayo 20. Buenos Aires. *De Bartolomé Mitre a Santiago Arcos*